





ACERCAMIENTO PELIGROSO

HEIDI RICE







ACERCAMIENTO PELIGROSO

HEIDI RICE



ACERCAMIENTO PELIGROSO

HEIDI RICE



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Acercamiento peligroso, n.º 1978 - mayo 2014
Título original: Too Close for Comfort
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4281-6
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

–Mitch, ¿decía algo el informe de Demarest sobre un chico de un metro sesenta y unos cincuenta kilos?

Zane Montoya llevaba cinco horas vigilando la habitación del motel en el que se alojaba Brad Demarest. Montoya Investigation había pasado cinco meses intentando localizarlo, y el soplo que había recibido diciendo que su último escondite era un motel en las afueras de Morro Bay era la primera pista que los conducía a él.

–¿Es un chico o una chica? –preguntó Mitch.

–¿No crees que sabría…? –Zane calló cuando la figura dio un paso atrás y una farola dejó ver un rostro pecoso, unos tirabuzones pelirrojos que asomaban por debajo de una gorra y la curva de unos senos apretados en un top ceñido, pantalones y botas militares–. Es una mujer, entre los dieciocho y los veinticinco, caucásica y pelirroja.

–Si está rondando el motel puede que sea otra de sus víctimas –dijo Mitch.

–No creo, es demasiado joven –respondió Zane. «Y demasiado mona», se dijo, pero al instante pensó que no era un adjetivo apropiado para alguien con conexiones con Demarest.

Productor inicialmente de películas porno de serie B, había montado un negocio más lucrativo estafando a mujeres ricas a las que prometía convertir en estrellas de cine. Pero aquella joven de piel pálida, pecas, pechos naturales y actitud furtiva no era una de sus típicas víctimas.

–No estés tan seguro. Demarest no tiene escrúpulos.

–Maldita sea –masculló Zane al ver que la mujer se acercaba a la puerta de Demarest–. Llama a Jim para que venga enseguida.

–¿Ha aparecido Demarest? –preguntó Mitch, nervioso.

–No –dijo Zane, sintiendo una creciente irritación–. Quienquiera que sea esa mujer, acaba de entrar en la habitación del motel.

Zane se metió el teléfono en el bolsillo, salió del coche y cruzó el aparcamiento.

Iona MacCabe abrió la puerta y cerró el puño alrededor de la llave maestra que tanto le había costado conseguir la semana anterior. El hilo de luz que se filtraba por las cortinas apenas despejaba la penumbra, y solo se veía el perfil de dos camas de gran tamaño.

Al oír pisadas a su espalda el corazón se le aceleró, y antes de que pudiera cerrar la puerta, la alta figura que la seguía se recortó contra

el umbral. Iona sintió un nudo en la garganta al ver que el hombre se adelantaba y empujaba la puerta.

–No te esfuerces –dijo una voz áspera.

¡No era Brad!

El alivio que Iona sintió se diluyó en cuanto el hombre le rodeó la cintura con el brazo y la levantó contra su pecho, cortándole la respiración.

–Suéltame –gritó ella–. ¿Qué te crees que haces? –dijo, revolviéndose. El hombre cerró la puerta y fue hacia el aparcamiento.

Su musculoso brazo la apretaba por debajo del pecho, aplastándole las costillas contra los pulmones, e Iona pensó que la estaba secuestrando.

–Estoy aquí para evitar un crimen –dijo el desconocido–. Si no te callas, las cosas pueden ponerse muy feas.

Iona pataleó, presa del pánico.

Había recorrido cinco mil millas, había vivido en la penuria dos semanas, limpiando retretes durante la última en un sórdido motel, y no había comido más que basura desde el miércoles, para acabar siendo asesinada por un pirado a apenas unos metros de su objetivo.

–Si no me sueltas ahora mismo, voy a gritar a pleno pulmón –dijo en un susurro.

Tomó aire, pero una mano callosa le tapó la boca. El grito agudo quedó sofocado en un ahogado gruñido.

Un aroma a limpio y extremadamente masculino atravesó el olor a basura que flotaba en el aire, e Iona pensó que no olía a delincuente.

El hombre la dejó caer sobre el asiento del acompañante. Cuando le quitó la mano de la boca, Iona respiró temblorosamente, pero la mano volvió a tapársela, mientras un antebrazo la inmovilizaba.

–Si hablas te detengo en el acto –le susurró el hombre al oído.

Iona se quedó desconcertada. ¿Arrestarla? Era un policía. No iba a matarla. Su corazón se ralentizó, pero el pánico seguía erizándole el cabello y hacía que el sudor le corriera entre los senos.

Que no fueran a asesinarla era una buena noticia, pero que un policía la descubriera asaltando la habitación de Brad era una muy mala. Le retirarían la visa de trabajo temporal; incluso podían deportarla. Y eso le impediría recuperar las veinticinco mil libras de su padre con las que Brad se había fugado.

–Asiente si me has entendido –dijo el hombre en voz baja, y obviamente irritado.

Iona asintió a la vez que apretaba el puño en el que sujetaba la llave y la escondía bajo el trasero.

Él retiró la mano y ella tomó una bocanada de aire.

–¿Por qué no te has identificado como policía desde el principio? –preguntó en un indignado susurro–. Casi me matas del susto.

–No soy policía, sino investigador privado –el hombre sacó algo del bolsillo trasero del pantalón y se lo mostró. Iona dedujo que era su identificación–. Ponte el cinturón. Nos vamos.

Iona, furiosa, lo siguió con la mirada mientras rodeaba el coche. Una vez sentado al volante, arrancó.

–¿Adónde me llevas? –preguntó.

–Ponte el cinturón o te lo pongo yo.

–No me da la gana –dijo ella. El hombre dejó atrás las habitaciones y frenó delante de la recepción del motel–. Tengo una habitación y trabajo aquí. No pienso ir contigo; si no eres policía no tengo por qué obedecerte.

Iona alargó la mano hacia la manija, pero él se inclinó y posó su mano sobre la de ella.

–Ya no vas a alojarte aquí –dijo en un tono tan amenazador que Iona se estremeció–. Y te aseguro que más te vale obedecerme.

Iona intentó mover la mano pero le fue imposible.

–Suelta la manija –dijo él.

–No puedo –dijo ella–. Me estás sujetando con demasiada fuerza.

Él quitó la mano y ella flexionó los dedos para hacer fluir la circulación.

–Me duele. Creo que me has roto un dedo.

El resoplido que dio el hombre le indicó que no le importaba lo más mínimo.

–Ahora, dame la llave –dijo él, tendiendo la mano palma arriba.

–¿Qué llave? –preguntó ella en tono inocente.

–La que tienes bajo el trasero –dijo él–. Si no me la das en diez segundos, la tomaré yo mismo.

Y comenzó a contar. Los pezones de Iona se endurecieron al recordar la fuerza de su brazo bajo sus senos. Sacó la llave y la dejó en la palma.

–Aquí tienes. ¿Satisfecho? –preguntó, irritada–. He tenido que limpiar cincuenta retretes para conseguirla.

Un nuevo resoplido hizo que Iona se estremeciera en un inoportuno escalofrío de deseo. ¿Qué demonios le pasaba?

–No te muevas de ahí –dijo él, bajando del coche–. No te voy a caer bien si tengo que ir tras de ti.

–Tampoco me caes bien ahora –dijo ella, airada.

El hombre dejó escapar una áspera risa.

Ella lo observó entrar en la oficina y fantaseó con huir, pero se distrajo imaginando la figura atlética y musculosa que se percibía bajo el polo tostado y los pantalones oscuros.

Tras charlar unos diez minutos con Creg, el conserje, el hombre volvió e Iona, fijándose en sus anchos hombros, sus largas piernas y su caminar de depredador, se dijo que era mucho más fuerte y grande

que ella. Así que, si quería huir, tendría que trazar un plan.

El hombre se detuvo junto al coche y sacó un teléfono. Mientras hablaba, la luz azul del neón que anunciaba el motel le iluminó el rostro.

Iona se quedó sin aliento mientras observaba sus sensuales labios, su nariz aguileña, sus pómulos tallados y su piel cetrina. Él miró hacia ella e Iona se quedó atónita al ver unos increíbles ojos azul zafiro con un peculiar círculo oscuro alrededor del iris. ¿Sería un efecto de la luz?

Él acabó la conversación y guardó el teléfono. Luego se sentó tras el volante y su rostro volvió a quedar oculto en la penumbra.

Iona miró hacia fuera y se concentró en recuperar la respiración. Que fuera tan guapo no cambiaba nada.

–¿Te importaría decirme adónde me llevas? –preguntó–. Mi bolso, mi pasaporte y todas mis cosas están en la habitación 108, y no me gustaría que me las robaran.

–¿Qué estabas haciendo en la habitación de Demarest? ¿Limpiar su retrete fuera de horas?

Así que conocía a Brad. Iona intentó decidir si esa era una buena o una mala noticia.

–Vamos a hacer lo siguiente –dijo él con una irritante calma–: O te denuncio a la policía de Morro Bay, o me cuentas lo que sabes de Demarest.

–Robar a un ladrón que te ha robado no es un robo –dijo ella tras una pausa, mientras barajaba sus posibilidades.

Él tamborileó los pulgares contra el volante.

–Técnicamente, sigue siendo un robo. ¿Cuánto te ha robado? –preguntó.

El dolor y la humillación le hicieron un nudo en la garganta a Iona.

–A mí no. A mi padre –dijo, mirando por la ventanilla. Estaban cerca de la costa, y aunque no lo viera, podía percibir el mar.

Apretó el botón para bajar el cristal, anhelando respirar aire fresco. El olor a tierra húmeda y salitre invocó el recuerdo de Kelross Glen, el pequeño pueblo escocés del que había querido huir durante los veinticuatro años de su vida y al que, desde hacía dos semanas, ansiaba retornar.

Cerró la ventanilla. No podía volver hasta recuperar al menos una parte del dinero de su padre.

–¿Cuánto dinero le pidió a tu padre?

La pregunta sobresaltó a Iona.

–Veinticinco mil –dijo ella. Los ahorros de toda una vida. Peter MacCabe creía que le había proporcionado un billete a la fama, pero las promesas de Brad de convertirla en una famosa artista habían sido tan falsas como el propio Brad.

–¿No creerás que tiene veinticinco mil libras irlandesas en la habitación del hotel, verdad? –preguntó el hombre.

Iona se volvió hacia él y, entornando los ojos, dijo, indignada:

–No soy irlandesa, sino escocesa. Y no se me ocurre en qué otro sitio puede tener el dinero. No va a llevarlo a un banco, ¿no?

–¿Cuándo recibió el dinero de tu padre?

–En diciembre.

–De eso hace tres meses –oyó decir al detective, en un tono de preocupación que la irritó aún más–. El dinero habrá desparecido.

¡No podía ser!

–¿Cómo? No se puede decir que viva lujosamente.

–Es adicto a la cocaína. Puede gastarse esa cantidad en una semana.

–Pero… –¿sería esa adicción lo que le había hecho parecer tan frágil y vulnerable cuando entró en la tienda de regalos de Kelross?

–Deduzco que no te dijo nada mientras estuvo en… –el detective hizo una pausa–. ¿De dónde eres?

–De las Highlands escocesas –dijo ella.

Por eso desapareció de nuestro radar hace un par de meses, se dijo él para sí. Suponía que había salido de la ciudad para que sus víctimas le perdieran la pista, pero no se me ocurrió que se fuera a Europa.

–¿Hay más víctimas? –preguntó ella.

–Querida, se trata de un delincuente conocido. ¿Por qué crees que estoy aquí?

–No lo sé –dijo Iona, irritada con el tono paternalista del detective.

–Me llamo Zane Montoya y soy dueño de una agencia de detectives de Carmel. Llevamos seis meses investigando a Demarest para una compañía de seguros que cometió el error de asegurar a algunas de sus víctimas.

Iona tuvo que asimilar la información. ¿Así que su padre no era el único que había caído en la trampa de Brad? Ni siquiera había sido algo excepcional.

Aunque había asimilado que Brad Demarest nunca había sentido nada por ella, ni había admirado su trabajo lo bastante como para ayudarle a salir de Kelross Glen, las palabras de Montoya hicieron que se sintiera aún más humillada.

–Está siendo una investigación compleja –continuó Montoya–, y tú has estado a punto de dar al traste con ella.

Iona pasó el comentario por alto.

Continuaron el viaje en silencio mientras Iona intentaba pensar qué hacer. Si Brad no tenía el dinero consigo, no tenía sentido enfrentarse a él, así que estaba de nuevo en la casilla de salida.

Las luces de un centro comercial se vieron en la distancia, pero Iona

estaba demasiado preocupada como para fijarse. Además, estaba exhausta y hambrienta. En las dos semanas que había seguido a Brad, apenas había comido.

El anuncio amarillo de una cadena de comida rápida brilló al lado de la carretera. El estómago le protestó sonoramente, haciendo que Iona se ruborizara. La esperanza de que Montoya no lo hubiera oído se desvaneció al ver que este giraba a la derecha y cruzaba el aparcamiento hasta detenerse delante de la ventana donde se pedía la comida para llevar.

–¿Qué quieres? –preguntó Montoya.

–Nada –dijo ella. Prefería morirse de hambre a aceptar la caridad de aquel imbécil.

–¿Qué desea el señor? –una joven asomó por la ventana, obviamente afectada de la misma dificultad para respirar que Iona al ver al detective.

Él giró la cabeza hacia Iona y esta sintió que el vello se le erizaba.

–¿Estás segura?

–Completamente.

Los labios de Montoya se curvaron, provocando un hoyuelo en la mejilla que hizo que partes totalmente impropias del cuerpo de Iona palpitaran. El esbozo de sonrisa fue más de sorna que genuino, pero Iona no pudo ignorar el salto que le dio el corazón ni el rugido que emitió su estómago, exigiendo ser alimentado.

–Como quieras –Montoya se volvió hacia la ruborizada joven–. Dos hamburguesas con queso, dos cajas de patatas fritas grandes y un batido de chocolate, Serena –dijo, leyendo la etiqueta que la chica llevaba en el pecho.

–Enseguida, señor –dijo ella. Transmitió la orden por micro y añadió–: Son seis dólares y cincuenta céntimos, señor.

Montoya pagó la comida y adelantó el coche hacia la ventanilla de recogida.

–Toma, sujeta esto –dijo, pasando a Iona dos bolsas.

El delicioso aroma de carne recién cocinada y patatas fritas casi hizo que se mareara mientras Montoya detenía el coche en una de las plazas de aparcamiento.

–¿Por qué has comprado dos? –preguntó con la boca hecha agua–. Te he dicho que no tenía hambre.

–Son para mí –dijo él, dándose una palmadita en el musculoso estómago–. Las vigilancias dan mucha hambre, y hoy no he comido más que chocolatinas.

–¡Qué pena me das! –dijo ella, lanzándole una mirada furibunda.

La sola mención de las chocolatinas ya fue una tortura, pero Montoya dio un paso más al sacar una de las hamburguesas y devorarla a la misma velocidad que las patatas. Cuando acabó, tiró la

bolsa en una papelera que había al lado de la ventanilla del coche. Iona se humedeció los labios. Todavía quedaba otra.

Montoya sacó la segunda hamburguesa y, envolviéndola en una servilleta, se la llevó lentamente a los labios.

–¡Espera! –Iona alargó la mano hacia la muñeca de Montoya a la vez que su estómago volvía a resonar.

–¿Quieres algo? –preguntó él con un brillo de sorna en los ojos.

–Sí… Yo… –Iona casi no podía hablar porque la boca le salivaba–. Por favor.

–¿Por favor, qué? –preguntó él, arqueando una ceja.

–¿Me das un mordisquito? –preguntó Iona, dispuesta a sacrificar su orgullo y lo que hiciera falta por un bocado.

Los impresionantes ojos azules se clavaron en ella, provocándole una reacción en las terminaciones nerviosas. Esperó unos segundo, convencida de que él seguiría con la tortura, pero comprobó, aliviada, que Montoya sonreía y le pasaba la hamburguesa.

–Toda tuya.

Iona hundió los dedos en el suave bollo antes de darle un buen bocado. Dio otro y otro; sin molestarse en mirar a Montoya a pesar de que sentía que este no apartaba los ojos de ella. ¿Qué más daba lo que pensara de sus modales?

¿Por qué demonios aquella visión le resultaba tan sexy? Montoya sintió la sangre en la ingle al ver aquellos labios cubiertos de grasa.

–Frena o te sentará mal.

Iona lo miró por encima de la hamburguesa, pero ignoró el consejo. Montoya se acomodó en el asiento, resistiéndose a la tentación de limpiarle con la lengua el jugoso hilo que se le deslizaba por la barbilla. Iona se limpió los labios con el dorso de la mano, pero Montoya no pudo apartar la mirada, fascinado.

Debo necesitar sexo, pensó. Hacía casi seis meses desde su aventura con Elena, la abogada. Seis meses no era demasiado para él, pero en aquella ocasión debía estar alterándolo más de lo acostumbrado.

No cabía duda de que la chica era atractiva, pero no era su tipo. Y, lo que era aún más importante, era testigo del caso que él estaba investigando. Montoya se obligó a apartar la mirada de sus labios y le pasó la caja con patatas.

–¿Hace cuánto que no comes?

–No demasiado –mintió ella. Y comió las patatas sin dejar de mirarlo, como si temiera que fuera a quitárselas en cualquier momento.

Montoya tuvo que controlar el impulso de sentir lástima por ella. No se trataba de una damisela en apuros, sino de una mujer astuta.

Conseguir un trabajo en el motel de Demarest había sido una idea brillante. Por no mencionar el hecho de que hubiera localizado al tipo

desde Escocia, mientras que ellos le habían perdido la pista en California. Hasta no saber qué papel jugaba exactamente en la historia de Demarest, no podría confiar en ella.

Eso no resolvía su problema inmediato, que era qué hacer con ella aquella misma noche.

–¿Cómo supiste que Demarest se alojaba en Morro, Iona? –preguntó, decidiendo que era hora de interrogarla y dejar de mirarle los labios.

–¿Cómo sabes mi nombre? –preguntó ella, perpleja.

–El recepcionista del motel se animó a hablar cuando le dije que habías cometido un crimen con su llave.

–¡Me quedaré sin trabajo! –dijo ella, abriendo los ojos desmesuradamente.

–No vas a volver –dijo él, ignorando la leve punzada de culpabilidad–. No puedo arriesgarme a que tu presencia alerte a Demarest.

–¡No me encontrará! –dijo ella, molesta–. Y si no me dan el dinero que me deben por mi trabajo, ¿cómo voy a pagar el alojamiento?

–Ya lo he pagado yo –dijo él. También había pagado para que guardaran sus cosas. No había querido correr el riesgo de que Demarest las encontrara.

En aquel caso nada había sido ni lógico ni sencillo. Y la nueva complicación estaba sentada a su lado y le despertaba una reacción perversa.

Cuando había atrapado a Iona, había notado al instante el peso de sus senos, y su aroma había despertado sus sentidos hasta el punto que había temido tener una erección. Igual que al verla comer. Y que llevara un tiempo de abstinencia, no era suficiente excusa.

–Pero no esperes que te paguen –dijo, asegurándose de sonar indiferente. Al ver la mirada de espanto de Iona, se sintió como si acabara de dar una patada a Bambi–. Y ahora, deja de discutir conmigo o te dejo tirada en mitad de la carretera.

Era una amenaza vacía puesto que jamás habría hecho algo así. En cualquier caso, Iona no pareció asustarse.

–Muy bien –dijo, alzando la babilla–. Déjame donde quieras. Me da lo mismo.

–Desafortunadamente, a mí no.

–Pues llévame al motel para que recoja mis cosas. Juro no interferir en el caso. Quiero que atrapéis a Brad tanto como tú.

Zane quiso creer en ella y eso mismo le hizo pensar que no debía hacerlo. Diez años en el cuerpo le habían enseñado que no debía confiar en nadie y que seguir las intuiciones en lugar de las pruebas podía conducir a una muerte segura.

–Olvídalo –dijo, metiendo la marcha atrás–. No pienso perderte de vista.

–¿Por qué? –dijo ella, elevando la voz–. Te desagrado tanto como tú a mí.

Zane pensó que habría sido una suerte que eso fuera verdad.

–Basta con que confíes en mí un poco–añadió ella–. Luego no tenemos por qué volver a vernos.

–¿Confiar en ti? ¿Por qué iba a hacer eso?

–¿No te he dicho que Brad me ha robado?

Así que era Brad, no Demarest.

–Solo quería recuperar mi dinero –continuó Iona, cruzándose de brazos.

–Eso no significa nada –dijo él, irritándose consigo mismo por dirigir instintivamente la mirada a sus senos y preguntándose si ella lo habría hecho con esa intención–. Así que vas a seguir conmigo.

Arrancó y salió del aparcamiento, dando la discusión por terminada.

–Espera –dijo ella–. ¿Por qué tengo que confiar en ti? ¿Cómo sé que eres de verdad un detective?

–Te he enseñado la placa –dijo él.

–Pero podría ser falsa.

Zane frenó, sacó el teléfono y marcó el número del departamento de policía. Luego se lo pasó, diciendo:

–Pregunta por el detective Stone o Ramírez. Cualquiera de los dos te dirá quién soy.

Esperó mientras la operadora contestaba y localizaba a Ramírez.

–Disculpe, detective Ramírez, me llamo Iona MacCabe y estoy con un hombre llamado Zane Montoya. Dice ser investigador privado y que usted lo conoce. ¿Es verdad? –escuchó unos segundos, mordisqueándose el labio inferior a la vez que asentía–. ¿Puede describirlo?

Iona estudió su rostro mientras hablaba con Ramírez con una indiferencia tan distinta a las miradas de interés que Zane estaba acostumbrado a recibir de las mujeres, que le pasó algo sorprendente: sintió un golpe de calor en la nuca como el que solía preceder en su juventud a una nueva conquista.

«Por Dios, Montoya, ¿qué te pasa? Ni estás en el instituto ni quieres a Iona MacCabe en tu cama».

–Está bien, parece ser el mismo hombre –dijo ella con aquel acento que Zane encontraba tan sensual–. ¿Puede asegurarme que no es un asesino en serie?

Enarcando las cejas, estalló en una carcajada, y el inesperado sonido atravesó a Zane, que prefirió no saber lo que Ramírez había dicho. Su antiguo compañero tenía un sentido del humor de dudoso gusto.

Finalmente, Iona le pasó el teléfono.

–Está bien, te creo –dijo a regañadientes–. El detective quiere decirte algo.

–¿Qué hay, Ram? –preguntó Zane sin el menor entusiasmo.

–Lancelot, ¿quién es la chiquita? Suena monísima –dijo Ramírez entre risas.

–Estoy en medio de un caso, amigo –dijo Zane sin apartar la mirada de Iona, preocupado por que oyera el tono ofensivo de Ramírez.

–Sí, claro –dijo la voz grave de Ram–. ¿Por fin has dado con una que no cae rendida a tus pies?

–Gracias, Ram –dijo Zane. Y colgó.

Dejó el teléfono en el salpicadero y se pasó los dedos por el cabello. La noche había empezado mal e iba a peor.

–¿Satisfecha? –preguntó a Iona.

–Supongo que sí –dijo ella con gesto digno. Pero cuando él puso el coche de nuevo en marcha, añadió–: Pero me gustaría saber adónde vamos.

–A Monterrey –dijo él, siendo lo más vago posible–. Queda a dos horas, así que te recomiendo que te relajes.

–¿Por qué vamos allí?

–Tengo un amigo que es dueño de varias casas de alquiler en Pacific Grove –dijo Zane, que había recordado que tenía todavía en la guantera la llave de que Nate le había dejado el mes anterior mientras remodelaba cocina.

Sin coche ni identificación, no había riesgo de que llegara demasiado lejos. Además, estaba lo bastante cerca de su casa, en Seventeen Miles.

–Puedes alojarte allí esta noche. Mañana te traeré tus cosas.

Entonces la interrogaría a fondo y averiguaría lo que sabía de Demarest.

–¿Y si me niego a ir a casa de tu amigo? –preguntó ella.

–Te entregaré a la policía –dijo él, aunque dudaba que fuera a cumplir su amenaza–. Tú decides.

El cargado silencio que siguió a sus palabras indicó que la pasajera estaba reflexionando.

–¿Por qué te molestas en darme esta oportunidad? –preguntó finalmente, dejando claro que aceptaba–. Podría destrozar el sitio para vengarme de ti.

Era una buena pregunta, y Zane prefería no planteársela.

–Es posible, pero te enfrentarías a cargos muy serios –dijo, mirándola de soslayo sin llegar a comprender por qué decidía confiar en ella.

Iona no habló hasta que llegaron a la carretera de la costa. Entonces dijo con su voz cantarina:

–Está bien. Me quedaré hasta mañana. Pero solo porque no tengo otra opción –dijo sin disimular su irritación–. Eso sí, no soy tu chiquita, así que no te hagas ilusiones, Lancelot.

Zane apretó los dedos en tensión alrededor del volante, clavándose las uñas en las palmas.

«¡Qué gracioso, Ram! Muchas gracias».

Capítulo Dos

La pequeña satisfacción de haber dicho la última palabra le duró poco a Iona al ver que Zane se limitaba a asir el volante con fuerza.

¿No habría mencionado su reputación como mujeriego porque en el fondo era ella quien quería que aquel encuentro adquiriera un cariz más personal?

–¿Ha dicho Ramírez alguna tontería sobre mí? –preguntó finalmente Zane.

–Puede –dijo Iona, incómoda. ¿Por qué no sabría mantener la boca cerrada?

–Ram es un bocazas y le encanta meterse conmigo. No hagas caso a lo que te haya dicho –dijo con un suspiro.

Iona sintió relajarse el nudo de su estómago. Montoya sonaba más avergonzado que furioso.

–¿Quieres decir que no tienes la reputación de que las mujeres caigan a tus pies con una sola sonrisa?

Zane rio y el eco de su risa puso a Iona la carne de gallina.

–Se supone que sí, pero no he hecho nada para ganármela. Ramírez tiende a exagerar –Zane le dedicó una sonrisa que le provocó un escalofrío–. Tranquila, estás a salvo conmigo.

La pulsión sensual que caldeó el aire con aquella promesa suavemente expresada hizo que los pezones de Iona se endurecieran.

–Me alegro –dijo, cruzándose de brazos.

Dada su desastrosa biografía sentimental, lo último que necesitaba era tontear con el Detective Sexy.

–¿Cómo consiguió Demarest que tu padre le diera veinticinco mil libras? –preguntó él, pasando súbitamente de hombre encantador a policía.

–¿Por qué lo preguntas? –preguntó ella para ganar tiempo. No tenía la menor intención de revelar los detalles de su sórdida aventura con Brad.

–No es el *modus operandi* habitual en él.

–¿Y cuál es?

Zane hizo una pausa antes de contestar, e Iona tuvo la certeza de que había adivinado qué había detrás de su maniobra de distracción.

–Todas las víctimas que hemos interrogado son mujeres mayores de cincuenta, recientemente divorciadas o viudas. Promete darles un papel en su siguiente película, las seduce con un poco de sexo delicado y les pide que hagan una inversión.

Iona se ruborizó, pero consiguió reprimir el impulso de corregirlo. El sexo con Brad no había tenido nada de delicado. En su experiencia, había sido brusco y exigente, pero como representaba su billete para escapar de Kelross Glen, ella había llegado a creer que Brad le gustaba. Mientras su credulidad la avergonzaba, haber dejado que Brad la usara en la cama le hacía sentir sucia.

–Demarest es un tipo asqueroso –continuó Montoya–. No disfruta tanto del dinero como de acostarse con las mujeres a las que explota –tras un titubeo, Montoya añadió–: Por eso tu padre no encaja en esto.

Iona se estremeció al suponer lo que Montoya pensaría si supiera que ella había sido una de esas mujeres.

–Demarest iba hacer un video comercial para mi padre –dijo, recordando una de las primeras sugerencias que Brad había hecho–. Tenemos una tienda en Kelross y sugirió que un reportaje sobre la historia de la zona atraería a turistas americanos.

–¿Ha pagado veinticinco mil euros por un video comercial? –preguntó Zane, incrédulo.

–Mi padre no tiene ni idea de cine –improvisó Iona.

–Aun así –dijo Montoya, escéptico–, es raro que no haya una mujer implicada –tamborileó sobre el volante con los pulgares–. ¿Qué papel juega tu madre en esto?

–Ninguno –dijo Iona, respondiendo automáticamente a una pregunta que la tomó por sorpresa–. Nos abandonó cuando yo era una niña y no hemos vuelto a verla.

–Lo siento –dijo Montoya, haciéndole sentir vulnerable.

–No importa. Apenas la recuerdo –mintió Iona.

Y aislándose, miró por la ventanilla y luego cerró los ojos para borrar los recuerdos de su madre.

Le picaban los ojos de cansancio. Parpadeó con fuerza. No quería dormirse. No confiaba en Montoya porque desde pequeña había aprendido a desconfiar. Y la experiencia con Brad se lo había confirmado. Se giró y apoyó la mejilla en el suave cuero del asiento. El ruido del motor la arrulló hasta que se quedó profundamente dormida.

Zane paró el coche delante de la casa y observó a su pasajera, que llevaba más de una hora dormida. Se inclinó sobre ella y, cuando le soltó el cinturón, una ráfaga de su aroma lo envolvió, una mezcla a talco y jabón que le aceleró el pulso al instante, excitándolo.

La luz de seguridad de la casa le iluminaba el rostro. Ver su expresión inocente y joven puso freno a sus calenturientos pensamientos y le hizo pensar en la niña abandonada por su madre.

Él no sabía qué habría hecho de haberlo abandonado María. Y eso que habría tenido más motivos que muchas madres para hacerlo.

Ni siquiera sabía qué edad tenía, o hasta qué punto su historia era verdad. ¿Qué relación había tenido con Demarest? Zane sabía que le había mentido, pero, ¿había sido ella la víctima y por eso estaba tan decidida a recuperar el dinero de su padre, porque se sentía culpable? ¿Hasta qué punto se habría puesto en peligro mientras intentaba localizar a Demarest? ¿Y por qué esas posibilidades le resultaban tan perturbadoras si no era su problema?

Sacó la llave de la guantera y se pasó la mano por el cabello al darse cuenta de que le tranquilizaba saber que estaba allí con él aquella noche, a salvo, y no en el sórdido motel.

Bajó del coche, abrió la puerta del pasajero y observó a Iona, acurrucada en el asiento. Sin pensárselo, la tomó en brazos. Su sensual aroma lo envolvió mientras la llevaba hacia el porche. Su suave cabello le acarició la mejilla a Zane cuando se acomodó en su pecho como una niña confiada.

Zane metió la llave en la cerradura a tientas, abrió la puerta empujándola con el pie. Ella ni se movió cuando la echó sobre la cama del único dormitorio de la casa, le quitó las botas y la tapó con la colcha.

Zane encontró un cuaderno en la cocina, escribió una nota y la clavó en un corcho, encima de la nevera. Desconectó el teléfono, se lo puso bajo el brazo y salió, cerrando con llave a su espalda. Luego metió la llave por la ranura de las cartas.

Mientras conducía hacia su casa, mandó un mensaje de voz a Nate para informarle de que tenía una nueva inquilina, luego dejó otro a su secretaria. Al día siguiente pondría a todos sus hombres a trabajar en el caso. Tenía que cerrarlo antes de que se complicara aún más.

Estate tranquila, volveré por la mañana y te diré qué hacer.

Montoya

Iona se pasó los dedos por el cabello húmedo y se ajustó la toalla al pecho mientras leía la nota. ¿Qué se creía Detective Sexy, que podía darle órdenes como a un perrito amaestrado?

Ella no aceptaba órdenes. Llevaba cuidando de sí misma y de su padre desde los diez años. Y que en los últimos tiempos no lo hubiera hecho particularmente bien no le daba derecho a nadie a tratarla como si fuera una subalterna.

Iona se esforzó en alimentar su indignación e ignorar la desilusión que le había causado haberse encontrado aquella mañana con uno de los colaboradores de Montoya, Jim, un tipo rubicundo, tosco pero amable, que le había llevado una bolsa con comida y su mochila, de la que faltaban su cartera y su pasaporte; y que le había informado de

que Montoya estaba ocupado pero que la visitaría a lo largo del día.

Iona arrugó la nota y la tiró al cubo de la basura. Luego se puso unos vaqueros y una camiseta. Cuando encontró sus botas junto a la cama, con los cordones sueltos, se quedó paralizada y recordó lo que había evitado recordar desde que se había despertado. Una imagen de Montoya llevándola en brazos, echándola en la cama, descalzándola y arropándola.

Tragó saliva para suavizar la tensión en la garganta. La idea de estar dormida en brazos de Montoya era perturbadora, pero aún más que él la hubiera metido cuidadosamente en la cama.

No recordaba la última vez que alguien se hubiera molestado en cuidarla con tanta delicadeza. Su padre apenas había podido ocuparse de sí mismo cuando su madre los dejó. Así que con diez años, fue ella quien pasó a cuidar de ambos mientras él iba saliendo de una depresión. Había tenido algunos novios antes que Brad, pero eran jóvenes y desatentos, y solo le habían proporcionado compañía. En cuanto a Brad…

«Tampoco es para tanto que te haya quitado las botas», se dijo, poniéndoselas bruscamente y bloqueando aquellos estúpidos pensamientos.

A Zane Montoya ella le daba lo mismo, solo le importaba el caso. Y puesto que el sentimiento era recíproco, no tenía sentido convertir un detalle amable en un acontecimiento.

Volvió a la cocina y vació la bolsa con comida mientras intentaba pensar en una salida para su situación.

Al encontrar café casi dio un grito de alegría. Preparó una cafetera y miró por la ventana hacia un encantador jardín con un emparrado. A medida que el delicioso aroma fue impregnando la cocina, la embargó una extraña sensación de bienestar.

La casa era muy pequeña, pero limpia y bonita, y comparada con sus alojamientos de los últimos tiempos, era el paraíso. Se sirvió una taza de café y sonrió al ver un colibrí libando en las flores del alfeizar de la ventana.

Dejó la taza y sacó de su mochila sus útiles de dibujo, ansiosa por plasmar en el papel las líneas difusas de las alas del pájaro en movimiento. Se sentó ante la ventana e hizo varios bocetos, intentando capturar el efecto. A medida que el colibrí se iba trasladando de una flor a otra y los trazos en el papel fueron adquiriendo vida, Iona sintió que el peso del fracaso que llevaba sintiendo tanto tiempo se aligeraba.

Cuando el pájaro se alejó, Iona contempló los dibujos. Le bastaban como bocetos para crear una acuarela detallada. Se rellenó la taza, sacó una magdalena de una bolsa y se dio cuenta de que por primera vez atisbaba un rayo de esperanza. Y que debía agradecérselo al

Detective Sexy.

Cuando llegara, sería conciliadora en lugar de agresiva. Tenía que admitir que la noche anterior había sido innecesariamente desagradable con él porque estaba exhausta, hambrienta y aterrorizada. Pero gracias a Montoya había dormido bien por primera vez en varias semanas. Así que, aunque fuera arrogante y chulo, debía darle las gracias.

Una vez lo hiciera y estuviera sola de nuevo, las cosas volverían a complicarse. Pero en aquel instante parecían más llevaderas que la noche anterior.

Tenía un poco de dinero y una visa de trabajo para cinco meses. Podía buscar alojamiento e intentar vender sus dibujos. Dado que ya no seguiría vigilando a Brad, podría buscar un trabajo decente y pasar las tardes dibujando. Monterrey era una ciudad bohemia y turística, así que cabía la posibilidad de que alguna galería se interesara en su obra. La temporada de verano estaba a punto de empezar, con lo que los puestos de trabajo temporal se multiplicarían.

La razón más importante de su viaje a América para localizar a Brad era evitar que su padre descubriera que, una vez más, había sido engañado. Y aunque no consiguiera recuperar su dinero, al menos tenía que lograr darle alguna buena noticia.

Le había dicho que iba a Los Ángeles invitada por Brad, que este había cumplido su promesa y había encontrado un lugar en el que mostrar su trabajo. Y aunque la mentira casi le había formado un nudo en la garganta, había hecho feliz a su padre. Por eso debía aprovechar los meses que le quedaban para reunir algo de dinero que devolver a su padre y con un relativo éxito profesional.

Iona frunció el ceño. Primero de todo, tendría que convencer a Montoya de que su papel en el caso era irrelevante. Para ello, tendría que actuar amablemente y cooperar, además de mantener las cosas en un plano impersonal.

Limpió las migas de la encimera y la taza, y tomó de nuevo el cuaderno de dibujo para hacer lo que más le gustaba en el mundo mientras esperaba a Montoya.

Zane llamó a la puerta con los nudillos. Podía ver el suelo de madera brillar a la luz del atardecer, pero era evidente que la habitación estaba vacía.

Giró los hombros para relajar los músculos, confiando en que Iona no hubiera hecho ninguna tontería. Con el día que llevaba, lo último que necesitaba era tener que salir en su busca.

Había planeado volver a primera hora, pero tras una noche perturbada por sueños en los que veía senos firmes, ojos color

caramelo y labios tentadores, decidió enviar a Jim en su lugar.

Sobre las diez de la mañana, Demarest había aparecido en el motel de Morro Bay y la acción había comenzado. Zane había pasado el resto de día con la policía de Los Ángeles, revisando el caso para asegurarse de que Demarest quedaba entre rejas. Ramírez y Stone le habían dejado presenciar los interrogatorios. Zane se frotó la nuca para mitigar el dolor de cabeza que sentía.

Tal y como había intuido por su perfil, Demarest había mantenido una actitud segura y arrogante hasta que, bajo la presión, había estallado, mostrándose volátil y agresivo.

Zane se estremeció al imaginar lo que podía haber pasado si hubiera descubierto a Iona en su habitación. Tendría que darle una lección de seguridad personal.

La idea de que cualquier mujer hubiera estado a su merced le resultaba repugnante, pero lo peor había llegado cuando le interrogaron sobre su viaje a Escocia. Oírle reír y pavonearse sobre la chica escocesa que «se arrastraba» por él le había obligado a salir de la sala para no darle una paliza. Sus palabras habían invocado el asqueroso recuerdo que llevaba persiguiéndolo toda la vida.

En lugar de sentirse bien por haber acabado seis meses de pesquisas, lo dominaba la frustración de no haber podido evitar los crímenes de aquel sórdido delincuente.

Miró una vez más a través del cristal y se relajó al ver una figura menuda aproximarse a la puerta. Al abrirse esta, lo golpeó una violenta sacudida de deseo.

El sol del atardecer se reflejaba en su cabello, arrancándole diferentes gamas de rojo y haciendo que su piel pareciera transparente. Sus ojos color caramelo brillaban cargados de energía.

–Hola, perdona que no te haya oído antes. Estaba en el jardín trasero –su musical acento y la respiración entrecortada le despertaron algo primitivo a Zane.

Vio el cuaderno que llevaba debajo del brazo, cubierto de dibujos de pájaros.

–¿Eres pintora? –preguntó, aunque la respuesta, dada la calidad de los dibujos, era obvia.

–Sí –Iona se encogió de hombros–. Es mi pasión.

Que titubeara antes de usar la palabra «pasión» hizo sonreír a Zane para sí. Estaba claro que no solo él tenía dificultades para mantener una apariencia de normalidad.

–Adelante –dijo ella, abriendo la puerta en un tono cortés que sorprendió a Zane.

–He traído esto por si querías hablar con tu padre –comentó, dejando el teléfono sobre una mesa–. ¿Te han traído la comida que mandé?

–Sí. Tengo que pagártela, pero no tengo mi cartera –dijo ella con más frialdad que la que había pretendido.

Zane le tendió la cartera y el pasaporte, pero cuando ella fue a tomarlos, él los levantó por encima de la cabeza.

–Pero solo te los devuelvo si prometes no huir.

Los ojos almendrados se convirtieron en dos ranuras, y la educada cortesía desapareció tras el temperamento encendido de la noche anterior.

–¿Y de qué te sirve mi palabra si no me crees? –saltó Iona, poniendo los brazos en jarras.

–Prometo dominar mi suspicacia –dijo él.

–¿Solo desconfías de mí o de todas las mujeres, Montoya? –preguntó, sarcástica.

Zane contuvo la risa. Ninguna mujer le había hecho esa pregunta, pero Iona MacCabe estaba demostrando ser distinta a todas.

La miró atentamente y observó con satisfacción que se sonrojaba.

–Al contrario, tengo una gran opinión de ellas.

Una pulsante tensión sexual caldeó el aire y los pezones de Iona se endurecieron. Automáticamente, se cruzó de brazos.

«Demasiado tarde, querida. Te perturbo tanto como tú a mí», pensó Zane. Y añadió:

–De hecho, las mujeres me encantan –al instante se recriminó el coqueteo. Debía ser profesional. Le tendió la mano–. Deberíamos empezar de nuevo y olvidar lo de anoche. Zane Montoya, a tu servicio.

Tras un titubeo inicial, Iona, le estrechó la mano. El contacto fue breve, pero Zane lo sintió como una flecha de calor que le fue directa a la ingle.

Iona metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros, pero sus pupilas se dilataron con una emoción que Zane identificó sin problema. «Así que has sentido lo mismo». Siempre había apreciado a las mujeres en todas sus maravillosas formas y variedades. Por eso no tenía un tipo. Sin embargo, la que tenía delante tocaba todos los botones que lo activaban, sin ni siquiera intentarlo.

Y Zane estaba empezando a cansarse de tener que resistirse.

Desde aquel mismo día, Demarest estaba en prisión; el caso estaba cerrado y Montoya Investigation ya no estaba implicado en él. Así que no había ningún motivo por el que no pudiera activar los botones de Iona.

–Tengo noticias sobre el caso, Iona.

–¿Sobre Brad? –preguntó ella al instante, haciendo que Zane frunciera el ceño.

–Lo hemos detenido esta mañana. Está en prisión, acusado de numerosos delitos.

–¿Tenía el dinero de mi padre? –preguntó ella, intentando dominar su nerviosismo.

Zane sacudió la cabeza y ella miró al suelo con expresión abatida. Él contuvo el impulso de acariciarle la mejilla. Por un instante creyó que iba a echarse a llorar, pero en unos segundos se recompuso y alzó la mirada.

–Supongo que eso significa que ya no tenemos que seguir juntos –musitó.

A Zane le sorprendió sentir una presión en el pecho. La amenaza de las lágrimas femeninas no solía inquietarle, pero había algo en el estoicismo de Iona MacCabe que sí le afectaba.

Iona dejó escapar un sonoro suspiro.

–¿Puedo quedarme aquí otra noche? Pagaré.

La frialdad con la que habló Iona le molestó, porque no creía merecérsela. Él confiaba en ella. Era una mujer temperamental e impredecible, y de una transparencia refrescante. Pero era evidente que por muy atraída que se sintiera por él, su desconfianza prevalecía. Y, al contrario que la noche anterior, Zane se lo tomó como algo personal.

–Puedes quedarte tanto como quieras. Y no tienes que pagar nada. La casa estaba vacía –dijo con impaciencia. Y añadió–: Aunque te extrañe, no acostumbro a maltratar a las mujeres.

–Muy bien –dijo ella con gesto airado–. Pero mañana me iré.

«Lo dudo. Primero tengo que asegurarme de que no corres peligro», pensó Zane, pero se lo calló porque no quería pelearse con ella.

–¿Por qué no lo hablamos mientras cenamos una enchilada en Santa Cruz?

Cuando la vio ruborizarse violentamente, la encontró aún más encantadora.

–¿Bromeas? –balbució.

–Nunca bromeo cuando hablo de las enchiladas de Manuel –dijo Zane.

–Pero, ¿por qué…? –preguntó.

–Porque estoy muerto de hambre, querida. ¿Tú no? –dijo él con voz susurrante.

Su aliento le acarició el rostro, provocándole un escalofrío. Iona lo miró a los ojos, pero no contestó porque tenía la convicción de que ya no hablaban de enchiladas. Entonces él sonrió y el resplandor de sus dientes acabó por derretirle el cerebro a Iona.

–Vamos, di que sí –la animó Zane, guiñándole un ojo–. Nunca miento a las mujeres. Es uno de mis encantos.

Iona dudaba que fuera verdad, y sabía que aceptar la invitación era un error, pero también era verdad que el Detective Sexy resultaba irresistible a pesar de su tono paternalista, y que por primera vez en

mucho tiempo ella tenía algo que celebrar.

Por otro lado, y aunque la tentación se presentara, su espantosa experiencia con Brad la había inmunizado contra los hombres, por mucho que el que tenía delante le pusiera la carne de gallina.

Finalmente, Montoya estaba con toda seguridad invitándola por compasión, y no porque sintiera el menor interés en ella.

–Está bien. Acepto –dijo. Y la sangre se le aceleró en las venas.

Brad había destrozado su seguridad en sí misma hasta un punto del que ni siquiera había sido consciente. Cenar con el superguapo Detective Sexy podía representar un primer paso hacia la recuperación de su malherido ego.

Capítulo Tres

Iona se puso un pañuelo en la cabeza mientras avanzaban aceleradamente por la carretera de la costa en el descapotable de Zane. El mar, rompiendo al pie del acantilado mientras el cielo se teñía del naranja del atardecer, ofrecía una vista espectacular.

–¿Cuántos coches tienes? –preguntó Iona, alzando la voz.

Zane se había doblado las mangas de la camisa, dejando ver su piel tostada, cubierta por vello oscuro. Su cabello negro, alborotado por el viento, le daba un aspecto relajado y sensual. Iona tenía el pulso acelerado y los nervios a flor de piel.

Él le dedicó una breve sonrisa, unas gafas de diseño ocultaban sus espectaculares ojos, afortunadamente para Iona; pero aun así pudo percibir que la miraban con sorna.

–Varios –contestó–. Los coches son una de mis pasiones.

Iona rio ante el énfasis que él puso en la palabra. No cabía duda de que estaba coqueteando con ella.

–¿Qué te llevó a pintar la naturaleza? –preguntó Zane.

–Hay tanta en Kelross Glen que ni siquiera tuve que planteármelo.

–¿Cómo es tu pueblo?

–Pequeño –dijo Iona. Pero decidió no extenderse en la respuesta.

Ya había proporcionado suficiente información de sí misma. Durante el trayecto, Montoya había usado su mirada y su sonrisa arrebatadora para sonsacarle detalles de su infancia, de la depresión de su padre, de la tienda que poseía en Kelross Glen. Por el contrario, él había evitado responder cualquier pregunta personal sobre sí mismo. No era de extrañar que se ganara la vida como detective.

Pero Iona aprendía rápido y una vez descubiertas sus tácticas, no pensaba darle más información hasta que él correspondiera con algo suyo. Porque todo aquello de lo que evitaba hablar aumentaba la curiosidad que ella sentía.

Aminoró la velocidad al entrar en la ciudad de Santa Cruz. La carretera abierta dio paso a barrios con casas de madera pintadas de colores, adolescentes patinando por las aceras, ciclistas en el carril bici. Todo tan apacible y tranquilo que resultaba encantador.

Zane tomó una sinuosa carretera secundaria y ante su vista apareció un restaurante al borde del acantilado, con una gran terraza de madera que se proyectaba sobre el mar, en la que numerosos clientes disfrutaban de su cena. Las luces que colgaban del toldo le daban un aire festivo. A ambos lados del estrecho camino de acceso había

coches aparcados. Zane condujo hacia la parte trasera del local y detuvo el coche en un espacio con una gran señal amarilla que anunciaba: «Prohibido aparcar. Llamamos grúa veinticuatro horas».

–¿No deberías tener en cuenta el aviso? –preguntó Iona cuando Zane le abrió la puerta.

Él le dedicó una seductora sonrisa y, tendiéndole la mano, dijo:

–¡Qué detalle que te preocupes por mí!

–Me preocupa más tu coche que tú –dijo ella. Y el pulso se le aceleró cuando le posó la mano en la cadera para dirigirla a la entrada.

Iona sintió una descarga eléctrica de bajo voltaje, perturbadora y agradable a un tiempo, como un masaje estimulante.

–¿Y cómo voy a volver a casa si se lo lleva la grúa? –preguntó, intentando ignorar el contacto.

–No te preocupes, uno de mis primos es el dueño del restaurante –dijo él con una risa grave que le reverberó por todo el cuerpo a Iona–. El coche está a salvo.

Ella se estremeció y Zane le frotó la espalda mecánicamente, haciendo que la suave vibración se disparara, transformada en una sacudida de energía que le endureció los pezones, apretándoselos contra el sujetador.

–Tienes frío –dijo él, lanzando una mirada hacia su escote a la vez que pasaban de largo la cola de la gente que esperaba mesa–. Vayamos dentro.

Iona vio los apartados con altos respaldos de cuero y velas sobre las mesas que había al fondo del restaurante y que tenían un aire excesivamente romántico.

–Sentémonos fuera, mirando al mar –Iona temía ronronear si Zane la tocaba. Y la situación podía resultar terriblemente embarazosa.

Él enarcó una ceja y sonrió con escepticismo.

–¿Estás segura? –preguntó, aunque sonó más bien como una acusación de cobardía –. Hace una noche fresca.

–Completamente –contestó ella con firmeza.

Las preguntas de Montoya en el coche y el abierto coqueteo que habían mantenido le habían hecho sentirse importante. Aunque fuera la táctica que seguía con todas las mujeres, su castigado ego lo agradeció. Además, el restaurante era precioso; el aroma a carne asada y especias mejicanas resultaba delicioso; y el ambiente animado y divertido era un agradable contraste con los gritos y las obscenidades que había aguantado en los últimos tiempos.

Un camarero joven, de cabello pelirrojo y sonrisa amable, saludó a Zane como si fuera un viejo conocido y los llevó a una mesa al borde de la terraza. Iona se dejó arrullar por el rumor de las olas.

Zane alzó la mirada del perfecto trasero de Iona mientras Benji les ayudaba a acomodarse.

La cuestión era que Iona MacCabe tenía numerosas partes excepcionales, tal y como demostró en aquel momento una ráfaga de viento que le pegó el vestido al pecho. Benji les entregó la carta y Zane respiró profundamente para recuperar la calma. Se suponía que aquella cena debía ser divertida y frívola, por un lado; e informativa, por otro. De camino al restaurante había descubierto algunas cosas sobre ella, pero Iona se había cerrado completamente aun antes de que llegara a mencionar su asociación con Demarest.

Así que él tenía que tranquilizarse, activar su encanto y dejar de fijarse en todos sus evidentes atributos o nunca llegaría a averiguar nada.

Benji les llenó los vasos con agua.

–Bienvenidos a la Cantina de Manuel –miró a Zane y añadió–: Le diré a Mani que has venido, Zane.

–No te molestes, Benj. Seguro que está ocupado –dijo Zane tensándose ante la perspectiva de ver a su primo. Manu le caía bien y su comida era extraordinaria, pero nunca se sentía cómodo fingiendo que la relación familiar significaba algo para él.

–Le gustará saberlo –dijo Benji. Y los dejó tras enumerar la lista de platos fuera de la carta.

–¡Todo suena delicioso! –dijo Iona mirando la carta.

Una vez más Zane pensó que parecía una niña. Sin embargo, sabía que tenía veinticuatro años porque lo había visto en su pasaporte. El recuerdo de Demarest sentado tras el cristal con una sonrisa cruel le formó un nudo en el estómago.

«Olvídalo». Fuera lo que fuera lo que le había dicho, Iona estaba a salvo con él.

–¿Sabes qué quieres? –preguntó, dejando la carta sobre la mesa.

–Un montón de cosas –dijo ella, con un brillo coqueto en la mirada.

–¿Quieres que te ayude? –preguntó él, estirando las piernas y apoyando los codos en la mesa a la vez que respiraba para intentar ignorar el pulsante calor que sentía en la ingle.

Él jamás se acostaba con una mujer en la primera cita. Respetaba y disfrutaba de la compañía de las mujeres, y consideraba que el sexo debía llegar a su debido tiempo.

–Mi plato favorito son las enchiladas de cangrejo con chili verde.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué? –preguntó ella, esbozando una pícara sonrisa.

–Porque son picantes y están especiadas.

Iona apoyó un codo en la mesa y, ladeando la cabeza, se humedeció los labios.

–Dime, Zane, ¿sales con muchas mujeres? –preguntó con una

sonrisa.

–¿Por qué lo preguntas?

–Por lo bien que se te da. Contéstame.

–Nunca salgo con dos al mismo tiempo –dijo Zane, que no quería admitir que llevaba seis meses sin quedar con nadie, lo que proporcionaría a aquella cita un excesivo significado.

–¡Qué esquivo eres! ¿Es propio de los detectives evitar cualquier tema personal?

–No –dijo Zane, riendo–. Soy un libro abierto –mintió, apoyándose en el respaldo con actitud falsamente relajada–. ¿Qué quieres saber?

–¿Por qué me has invitado a salir a cenar?

–Por las razones habituales –dijo él, evitando decir nada comprometedor.

–¿Y cuáles son esas razones? –insistió ella.

Zane comprendió entonces que buscaba que la halagara y se relajó. Teniendo en cuenta su reciente relación con Demarest, no era de extrañar que lo necesitara. Y él no tenía ningún problema en hacerlo.

–Porque eres una monada testaruda y obstinada. Me gusta tu espíritu luchador aunque signifique que necesites que alguien evite que te metas en líos

Lo cierto era que estaba deseando conocerla mejor, pero no era necesario ser tan explícito.

Sin embargo, en lugar de parecer halagada por la respuesta, la mirada de Iona se veló y miró hacia el mar con expresión pensativa y triste.

–Eres un buen tipo, ¿verdad? –dijo finalmente–. Siento haber sido tan desagradable contigo. No lo merecías.

A Zane le sorprendió hasta qué punto le irritó el comentario. Nadie había usado ese adjetivo para describirlo. Pero antes de que dijera nada, sintió una mano sobre el hombro y, al volverse, descubrió a su primo Manuel, la última persona con la que le apetecía encontrarse.

–¡Qué alegría verte, compadre! –dijo Manuel con una gran sonrisa que tensó aún más a Zane–. Bienvenido a mi humilde cantina.

«¡Una monada!».

Eso mismo era lo que Brad había dicho de ella al conocerla. ¿Por qué no podía ser sexy o, aún mejor, irresistible?

Iona intentó borrar su desilusión mientras escuchaba a Manuel, que le recomendaba las enchiladas de cangrejo. Notó una punzada de hambre en el estómago y volvió a animarse pensando en la velada que quedaba por delante.

«Ya está bien de hacerte la víctima. Si no querías saberlo, no haber preguntado».

Además, ser una monada era mejor que otras cosas, como que Montoya la hubiera invitado a cenar para sonsacarle información sobre Brad. Por encima de todo, tenía que evitar que averiguara la verdad.

–Suenan deliciosas, Manuel –dijo, sonriendo al dueño del local— Además, Zane ya me había dicho que son sus favoritas.

–¡No sabía que te gustaran! –dijo Manuel a Zane.

–No es ningún secreto que vengo muy a menudo.

El tono de Zane fue brusco y sin su habitual amabilidad.

–Y yo me alegro, primo –dijo Manuel.

El intercambio despertó la curiosidad de Iona al notar la evidente irritación que Manuel le despertaba a Zane.

–Disfrutad de la cena –dijo Manuel con una forzada sonrisa–. Nos vemos el sábado en la quinceañera de Maricruz, Zane.

Este apretó los dientes.

–Sí, claro –dijo. Pero por la expresión de su rostro, Iona dedujo que no le hacía la menor ilusión. Y eso incrementó su curiosidad.

–¿Quién es Maricruz?

Zane observó a Iona lamer la sal del borde del vaso de su margarita e intentó concentrarse en la pregunta y no en la pulsante tensión de su ingle.

El camarero había retirado los platos vacíos y Zane había descubierto que mirar a Iona comer le resultaba tan erótico como le había parecido la noche anterior. La mayoría de las mujeres con las que salía comían sin interés o se limitaban a pedir una ensalada porque temían engordar. En cambio, Iona comía con placer, disfrutando de cada bocado. Y con cada gemido de aprobación, Zane había encontrado más difícil concentrarse en la conversación.

–Es mi prima, como Manuel –explicó–. Como casi todo Santa Cruz.

–¿Cuántos primos sois? –Iona dejó el vaso sobre la mesa, mirándolo con sorpresa.

–La última vez que conté, veintiocho. Iona abrió los ojos desmesuradamente.

–Debió ser genial crecer en una familia tan numerosa –dijo con entusiasmo.

«No particularmente», pensó él, sintiendo que el antiguo rencor emergía a la superficie.

–Yo crecí sola con mi padre –continuó Iona–. ¿También tienes muchos hermanos y hermanas?

–No, soy hijo único –dijo él, dejándose envolver por el cálido acento de Iona como si fuera una caricia–. Mi madre se casó con un gran tipo hace diez años. Quería tener hijos, pero… –Zane calló bruscamente, sorprendido de lo que estaba contando–. Pero no fue posible.

María nunca se lo echaba en cara ni lo mencionaba, pero Zane sabía

que, al tenerlo a él, había arruinado sus posibilidades de tener más hijos. Por eso siempre evitaba hablar de ello.

–¡Qué lástima! –musitó Iona, con una genuina compasión que le resultó analgésica, aunque la herida había cauterizado hacía tiempo–. Pero al menos tienes un montón de primos.

–De pequeños casi no nos veíamos –dijo Zane, evitando explicar por qué. Hacía tiempo que había mitigado su rabia, cuando su abuelo Ernesto se había visto finalmente obligado a admitir que el hijo gringo de María era digno de formar parte de la familia. Aun así, no era un tema del que le gustara hablar.

–¿Y qué es una quinceañera? –preguntó Iona, haciendo girar la paja en el vaso, antes de metérsela en la boca.

–La celebración que se hace cuando una chica cumple quince años. En la comunidad mejicano americana se considera el tránsito a la edad adulta.

–¿Y la fiesta de Maricruz es este fin de semana?

–Eso parece –¿por qué estaban hablando de su familia? Zane apartó la mirada de los tentadores labios de Iona y volvió al tema de conversación que le interesaba–. Dime, ¿cómo es que tu padre y Demarest se hicieron amigos?

La sonrisa se borró del rostro de Iona al instante.

–No tiene sentido hablar de ello.

–Siento curiosidad –Zane intentó ignorar lo que le molestaba notar que Iona se tensaba–. ¿Por qué no quieres contármelo? ¿Tienes algo que ocultar?

–Demarest entró en la tienda de mi padre –dijo ella, inexpresiva.

–Me dijiste que trabajabas allí –dijo Zane. Y supo que había dado en el clavo al ver que Iona se ruborizaba–. ¿Por qué no me contaste lo que había entre él y tú, Iona? –decidió aprovechar la ventaja a pesar de que los dedos de Iona temblaron cuando los cerró alrededor del vaso.

Estaba entrenado precisamente para eso. Y Zane sentía la necesidad de saber la verdad de labios de Iona.

–¿Por qué no me contaste lo que Demarest te había hecho? –la presionó

Ella permaneció rígida, con la mirada vidriosa.

–¿Temías que te juzgara?

Las lágrimas asomaron a los ojos de Iona, y Zane temió que la realidad hubiera sido aún peor de lo que imaginaba. Iona se las secó con el dorso de la mano y se puso en pie.

–Vete al infierno, Montoya –dijo con rabia.

Que se enfadara fue un alivio para Zane, pero solo momentáneo. A continuación, dejó la servilleta sobre la mesa y se dirigió a la salida precipitadamente.

Iona salió del restaurante, ignorando las miradas de la gente y las llamadas de Zane. Lo habría estrangulado con sus propias manos.

Cuando sintió su brazo sujetarla por la cintura, se giró para darle un puñetazo, pero él le retuvo la mano.

–Tranquilízate, maldita sea.

–¡No me toques! –gritó ella.

–¡Cállate, estás montando un escándalo!

–¡Lo tienes merecido! –dijo ella entre dientes, enfadada consigo misma porque el estremecimiento que la recorría no tenía nada que ver con el aire fresco y sí con la proximidad de Zane–. ¡Suéltame!

–Solo cuando te calmes –dijo él en tono autoritario.

–¿Cómo has podido hacerlo? –preguntó ella con la voz quebrada.

–¿El qué? ¿Preguntarte por Demarest? –dijo él–. Porque anoche me mentiste.

–¿Y qué? Ya sabía que esta era una cita por compasión –masculló ella, jurándose que no le dejaría ver hasta qué punto la había afectado. Liberó su mano y le golpeó el pecho.

–¡Una cita por compasión! ¿De qué demonios…?

–Vamos, Montoya, ya suponía que había una motivación oculta –¿cómo había sido tan tonta como para olvidarlo?–. Pero no pensaba que fueras a caer tan bajo.

–¿A qué demonios te refieres?

–A lo bien que has interpretado tu papel. Todas esas miradas seductoras, el coqueteo, el contacto físico ocasional… cuando los dos sabemos que solo querías interrogarme sobre Brad.

–¿Estás loca? –la rabia que teñía la voz de Zane desconcertó a Iona–. ¿Insinúas que he estado fingiendo?

–Así es –dijo ella.

Zane masculló algo ininteligible y luego dijo:

–Al demonio con todo esto.

Y tomando el rostro de Iona entre las manos, la besó. La exclamación de sorpresa de Iona le dio acceso a la cueva de su boca. Su lengua se adentró en ella, explorándola. Iona sintió una descarga de deseo. Él bajó los dedos por su cuello, ladeándole la cabeza para profundizar el beso.

Las llamas del deseo envolvieron a Iona al tiempo que la lengua de Zane se entrelazó con la de ella. El sabor de su boca era delicioso; el calor de su cuerpo; su olor varonil hicieron que la cabeza le diera vueltas. Iona alzó las manos para posarlas en su poderoso pecho.

Zane alzó la cabeza con la respiración entrecortada. La sujetaba por las caderas, haciéndole sentir su sexo endurecido contra el vientre.

–¿Crees que esto es fingido? –preguntó con ojos brillantes.

Iona se limitó a sacudir la cabeza.

–Llevo deseando hacer esto desde que has lamido la sal del margarita –añadió Zane.

Iona parpadeó. El deseo se propagaba por su cuerpo como un incendio descontrolado.

–Parece que he malinterpretado tus intenciones –susurró con voz ronca.

Zane enarcó las cejas y soltó una carcajada.

–Se ve que sí –dijo, apoyando la frente en la de ella–. No debería haber nombrado a Demarest; esta cita no tenía nada que ver con él. Siento haber metido la pata.

–Disculpas aceptadas –susurró ella, deleitándose en la presión contra su vientre.

Zane dio un paso atrás y la mirada de Iona se desvió hacia el bulto de su entrepierna.

–¡Vaya! –exclamó, abriendo los ojos desmesuradamente. Y añadió–: Va a ser verdad que esta cita no tiene nada que ver con la lástima.

Zane rio de nuevo y la condujo hasta el coche.

–Será mejor que te lleve a casa. No pienso acabar esta cita en un aparcamiento.

Capítulo Cuatro

Zane mantenía la mirada fija en la carretera.

–¿Por qué has pensado que era una cita por pena? –preguntó.

–Por nada en especial.

Zane no la creyó.

–Seguro que hay una razón.

–Has dicho que soy una monada –dijo ella con un suspiro de resignación.

–Porque lo eres.

–No. Los bebés y los cachorros son una monada. Yo soy una mujer.

Zane no pudo contener la risa.

–No tiene gracia, Montoya –dijo ella, airada.

–Se ve que no has tenido ningún cachorro o sabrías que no son ninguna monada –dijo–. Yo rescaté un labrador y terminó comiéndose mis mejores zapatos y parte del mobiliario. Y eso solo el primer día.

–Pero no lo abandonarías, ¿verdad?

–No, llegamos a un acuerdo. Ahora solo mordisquea sus juguetes.

–¿Cómo se llama?

–C. D.

–¿Compact Disc? ¡Qué horror!

–No: Chocolate Derretido.

–¡Bromeas! –dijo Iona con la risa cantarina que Zane encontraba tan sexy.

–Es uno de mis sabores favoritos y describe bien su color.

–Ahora entiendo –dijo ella, sonriendo con calidez.

–La cuestión es que si he dicho que eras una monada, no ha sido porque me recordaras a mi cachorra –dijo, a la vez que detenía el coche ante la casa y apagaba el motor–. Pero estoy dispuesto a considerarlo si tienes un incontrolable deseo de matarme a lametazos, como hace ella.

Las pupilas de Iona se dilataron y sus pecas destacaron sobre su nariz. Zane le acarició la mejilla con los nudillos y le retiró un mechón de cabello tras la oreja. Ella se humedeció los labios y fijó la mirada en la de Zane. Él se inclinó hacia ella para besarla con la delicadeza que no había logrado conseguir en el primer beso.

Iona dejó escapar un suave susurro y Zane le recorrió los labios con la lengua, tentándola para que los abriera, anhelando probar el sabor de su boca.

–¡Dios mío, yo sí que podría lamerte hasta matarte! –susurró

finalmente, abandonando cualquier pretendida moderación–. ¿Me dejas?

Iona se separó suavemente, hipnotizada por el rumor de su voz. Tomó aire y los pulmones se le llenaron del olor a mar. Zane la deseaba, y saberlo hizo que le atravesara una corriente de calor que le endureció los pezones.

–¿Qué dices, Iona? –la voz ronca de Zane propagó el fuego por el cuerpo de Iona–. Tú decides. Pero yo querría ir un paso más allá.

–Yo también –dijo ella sin pensárselo.

La sonrisa de Zane la dejó sin aliento. Luego presionó sus labios firmemente contra los de ella, antes de alzar la cabeza y decir:

–Vayamos dentro.

Iona asintió, pero mientras buscaba la llave, con la mano de Zane reposando en la parte baja de su espalda, empezó a pasársele por la cabeza todo lo que podía ir mal.

Zane Montoya era guapo y sexy pero, ¿cabía la posibilidad de que bajo su seductor encanto se ocultara un hombre brusco e impaciente como Brad?

Entró precipitadamente y oyó cerrarse la puerta detrás de Zane con una mezcla de nervios y aprensión. Las pisadas de Zane la siguieron hasta la cocina. Iona dejó las llaves y el bolso en la mesa y fue a servirse un vaso de agua. Sus manos temblaron al sentir los brazos de Zane rodeándole la cintura. Luego, sus labios en el cuello.

–Sabes deliciosamente, querida –el cálido aliento de Zane la acarició al tiempo que este presionaba su sexo contra sus nalgas–. Tan deliciosa como un helado con chocolate derretido.

Iona dejó escapar una risita nerviosa. Zane la tomó por las caderas y le hizo girarse con suavidad. Quitándole el vaso de la mano, lo dejó en la encimera.

–Iona, si has cambiado de idea, solo hace falta que lo digas –dijo con dulzura.

Ella sacudió la cabeza.

–No es eso. Es que estoy un poco nerviosa.

–¿Por qué? ¿Es demasiado pronto después de Demarest?

Iona percibió en aquella ocasión el enfado contenido y se dio cuenta de que Zane la consideraba una víctima, que Demarest la había traumatizo, cuando la verdad era más sórdida.

–Demarest no me forzó, Zane –Iona notó que se ruborizaba violentamente, pero continuó–: Solo lo hicimos un par de veces y luego se aburrió de mí –alzó la barbilla. No podía avergonzarse de sí misma el resto de su vida–. Parece ser que esto no se me da muy bien –concluyó. Y tomó un sorbo de agua precipitadamente.

–¿El qué? ¿El sexo? –preguntó Zane, incrédulo.

–Sí… Me tenso, me agobio y no me puedo relajar –dijo ella, a la vez

que pensó: «Genial, Iona, qué manera de estropear el momento».
–¿Y Demarest te hizo creer que era tu culpa? –preguntó Zane.
Iona se encogió de hombros.
–Puede ser –dijo.
–¿Y por qué le creíste?
–Porque no tengo suficiente experiencia como para poder comparar –dijo ella, sintiéndose cada vez más avergonzada.
–¿Quieres decir que era tu primer hombre? –preguntó Zane con renovada incredulidad.
Iona bajó la mirada al suelo.
–Puede. Pero he tenido más novios. Solo que… nunca… Kelross Glen es muy pequeño y no había… –balbució.
Zane la atrajo hacia sí y, rozando sus labios con los de ella, dijo:
–¡Qué faena!
–Y que lo digas.
Zane le hizo alzar la cabeza, levantándole la barbilla.
–¿Eso significa que nunca has tenido un orgasmo haciendo el amor? –preguntó con dulzura en la voz y pasión en la mirada.
Iona se mordió el labio inferior. ¿Cómo habían llegado a aquello?
–No me resulta cómodo hablar de…
–Ya lo supongo –Zane le puso un dedo en los labios–. De hecho, hablas demasiado, Iona.
–¿Qué te has…? –empezó a protestar ella.
Pero Zane la enmudeció con un erótico beso que pronto hizo estallar el deseo en su interior. Sin dejar de besarla, la elevó en el aire y la sentó sobre la encimera. Ella se asió a sus hombros para mantener el equilibrio y fue a decir algo, pero no pudo articular palabra cuando él deslizó las manos bajo su vestido y, dibujando círculos en sus muslos, susurró:
–¿Sabes lo que vamos a hacer, verdad Iona? –cuando esta sacudió la cabeza, él continuó–: Vamos a olvidarnos de él, a olvidar todo lo malo del pasado y a convertir esta en tu primera vez.
Iona sintió una presión en el pecho.
–No creo que haga falta que…
–No es difícil conseguir que un mujer tenga un orgasmo –la interrumpió Zane–. Solo hace falta atención e interés. Si él no lo hizo, fue su culpa, no la tuya.
Iona sintió el rubor descenderle por el cuello. En el fondo había sabido que en cuanto perdiera la virginidad, Brad se reiría de su inexperiencia, que era un amante egoísta, además de tener un carácter desagradable. Pero había querido creer en sus promesas tan desesperadamente que había preferido ignorar la creciente animadversión que sentía por él. Y solo ella tenía la culpa.
Iona serpenteó fuera de los brazos de Zane y bajó al suelo.

–¿Te importa que lo dejemos? Se me han pasado las ganas.

Zane dejó escapar una risa seca y le acarició la barbilla.

–¿De verdad quieres entregarle el poder?

Iona sacudió la cabeza para que la soltara, pero el contacto bastó para electrificarla.

–Esto no tiene nada que ver con él.

–¿Y por qué no lo demuestras? –preguntó Zane, enarcando una ceja con escepticismo.

–¿Cómo quieres que lo demuestre?

Zane apoyó las manos en la encimera y se inclinó hacia ella.

–Es muy sencillo, Iona. Deja de culparte a ti misma… y pasa a la acción.

Ella apoyó las manos en su pecho para obligarle a darle espacio, pero él la atrajo hacia sí con una sensualidad que le impidió hacerlo.

–¿Qué sugieres? ¿Convertirte en mi entrenador personal, en mi semental?

En lugar de ofenderse, Zane sonrió con una irresistible picardía.

–Si quieres verlo así, me parece bien.

Iona no pudo evitar reír al bajar la mirada hacia su bragueta y ver un bulto del que cualquier semental se habría enorgullecido.

–Eres incorregible.

–¡Vaya, Iona! –dijo él, riendo y presionándola un poco más contra sí–. Es lo más agradable que me has dicho desde que te conozco.

Iona estalló en una carcajada. No sabía cómo lo había logrado, pero Zane había conseguido que se le pasara la angustia. Se sentía relajada y sexy, y el deseo la recorría como una intoxicante droga.

–¿Sabes lo que vamos a hacer? –dijo él, inclinando la cabeza y besándole cuello–. Vamos a ir muy despacito y a concentrarnos en tu placer –le lamió el cuello–. Sin restricciones y sin hablar. Solo quiero que hables para decirme lo que te gusta y lo que no –dijo Zane, deslizando los dedos por debajo del tirante del vestido–. Rodéame la cintura con las piernas –añadió, a la vez que la sujetaba el trasero.

–Eres un mandón –dijo ella, obedeciendo.

–Que te calles –dijo él, riendo a la vez que la llevaba al dormitorio.

–¿Lo ves?

–Silencio –repitió Zane, arrancando una carcajada de Iona cuando la dejó caer sobre la cama–. Había olvidado lo pequeño que era este cuarto. La próxima vez, iremos a mi casa.

La referencia a otra ocasión hizo que el corazón de Iona diera un brinco de alegría. Pero al instante se dijo que no habría una segunda vez, que no debía creer que aquello significaba nada más que sexo.

Zane se quitó los zapatos y la camisa y se echó a su lado. Ella le posó la mano en el torso y trazó las líneas de sus músculos. Él se estremeció y la detuvo. Iona sintió que el corazón se le aceleraba y dio

gracias a Dios en silencio por proporcionarle aquel instante. Aunque solo fuera una noche, pensaba disfrutarla al máximo.

–Llevas más ropa que yo –dijo él. E incorporándose sobre el codo, le bajó la cremallera del vestido y dejó al descubierto su sujetador de encaje rosa–. ¡Qué monada! –dijo con un guiño.

–¡Te he dicho que no me llames eso! –replicó ella, riendo. Ya no se sentía ni mucho menos un cachorro.

Zane se colocó sobre ella y fue bajándole el vestido a la vez que decía:

–Y yo te he dicho que no hables.

Ella se retorció, pero Zane la sujetó con firmeza, elevándole los brazos por encima de la cabeza a la vez que se inclinaba y le besaba la clavícula para luego descender hacia sus senos y recorrer la línea de su sujetador con la lengua. Ella se arqueó y el pecho se le elevó con su jadeante respiración.

–Te gusta, ¿eh? –dijo él, entre dientes.

Entonces le soltó las muñecas y le bajó los tirantes del sujetador para dejar sus senos al descubierto. Iona gimió cuando se los cubrió con las manos y le acarició los pezones con los pulgares. Con dedos diestros soltó el broche, se lo quitó y agachó la cabeza para mordisquearle las rosadas puntas.

Ella dejó escapar un gemido grave y profundo a medida que él succionaba y lamía, y sus pezones se endurecían hasta casi dolerle. La irresistible y desconocida sensación hizo que se retorciera y se asiera a las sábanas. ¿Cómo podía algo tan pequeño hacerle sentir tal intensidad?

Zane alzó la cabeza y le sopló sobre los húmedos pezones.

–¿Te gusta?

–Mmm –musitó ella con la garganta seca. Zane no podía apartar la mirada de sus pezones.

–¡Qué preciosidad! –exclamó. Y ella sintió una oleada de calor inundarla–. Sobre todo cuando piden tanta atención –añadió él antes de continuar con su deliciosa tortura.

Volvió a mordisquear, succionar y lamer la sensible punta, provocándole una descarga que le irradió un creciente deseo y un ciego placer que le hacía sentirse poderosa e irresistible, y que desbordaba hacia su ingle, provocando una palpitante tensión en su sexo. Enredó los dedos en el cabello de Zane y le hizo levantar la cabeza.

–¡Esto me gusta mucho! –dijo, excitándose con la mirada de Zane–. Gracias.

Él le dio un beso breve pero devorador.

–De nada, Iona. Ahora, deja de distraerme.

Ella rio antes de arquearse y contener el aliento al sentir la mano de

Zane presionándole el sexo a través de la bragas. Automáticamente, se sacudió como si lo rechazara.

–Tranquila, preciosa –musitó él, pasando suavemente el pulgar por la semilla repleta de terminaciones nerviosas que ocupaba el centro.

Iona se revolvió, asustada y a la vez anhelante por la intensidad de sensaciones que sentía. Se asió a los antebrazos de Zane.

–Por favor… Es… demasiado… –las palabras se congelaron en su boca cuando él deslizó los dedos por debajo de la tela y tocó su húmedo centro. El placer la recorrió como lava a medida que él la fue acariciando.

–¿Ahí? –preguntó él cuando alcanzó un punto en el que ella sintió una aguda y exquisita sensación.

Ella asintió y gimió mientras él le dibujaba círculos en el clítoris. El placer se propagó como un incendio, alcanzando cada poro de su cuerpo, tirando de ella. Iona gimió y se tensó por una fracción de segundo antes de gritar y sentir que era arrastrada por un alud.

–¡Oh, Dios mío! –resopló al recuperar la conciencia. Y se dio cuenta de que sus dedos se clavaban en los brazos de Zane y que atrapaba su mano, apretándolo entre los muslos.

Avergonzada, lo soltó y relajó las piernas. Él apartó la mano y miró sonriente a Iona, que seguía temblando por la violencia del orgasmo. Aquel hombre tenía dedos de mago.

–¿Qué te he dicho? Solo hace falta ponerle interés.

Su sonrisa pícara de niño malo hizo estallar a Iona en una carcajada.

–Ha sido… –increíble, pensó, pero no lo dijo, a la vez que contenía las lágrimas. No debía olvidar que solo se trataba de sexo–. Gracias –concluyó.

Zane sonrió y le plantó un beso en la punta de la nariz.

–Querida, el placer es mío –Zane le posó la mano en el vientre y ella notó su erección contra la cadera–. Estás monísima cuando estallas.

Ella le dio una palmada en el brazo.

–¡Deja esa broma!

–¡Y tan sexy que he estado a punto de no poder contenerme! –dijo él, y la besó.

Cuando levantó la cabeza, ella se giró y, sintiéndose osada, le acarició el sexo a través de los pantalones. Cuando buscó la cremallera con los dedos, él le sujetó la mano.

–No –dijo, apoyando la frente en la de ella–. No podemos ir más allá.

–Ah, vale –dijo ella, retirando la mano precipitadamente–. Lo siento.

–¿Por qué los sientes? –preguntó Zane, tomándole la barbilla para que lo mirara–. Necesito una tregua.

Iona se incorporó bruscamente y, tirando de su vestido, se lo puso

delante del pecho. Sabía cuándo alguien actuaba por lástima.

–¡Maldita sea! –Zane la sujetó por los hombros y la obligó a mirarlo. El brillo de enfado en sus ojos la desconcertó–. No tengo preservativos –dijo, exasperado.

–¿Por eso quieres parar? –preguntó ella.

–Desde luego. Si tuviera un preservativo estaría ya dentro de ti –Zane maldijo entre dientes–. Te deseo tanto que me va a dar un infarto, así que deja de mirarme como si…

–Aquí hay condones –dijo ella, decidida a intervenir antes de que Zane se enfureciera aún más. Aunque su evidente frustración la halagaba, no quería que perdiera el interés–. En el baño. Los vi ayer –saltó de la cama, exultante por saber que lo que había interpretado como rechazo era solo un malentendido–. Voy a por ellos. No quiero que te pase nada grave –añadió con una sonrisa maliciosa.

–Espera –Zane la retuvo y, atrayéndola hacia sí, ocultó el rostro en su cabello–. Perdona que haya sido tan brusco.

–Si crees que has sido brusco, es que no has conocido a ningún escocés.

–¿Ah, sí? –Zane rio y la tensión se diluyó–. Es que me has… –suspiró. Era tan raro en él titubear que el corazón le latió con fuerza. Acarició los brazos de Iona y concluyó–: Yo voy a por los condones.

–Pero si no sabes dónde están –dijo ella. Y se mordió los labios para no sonreír cuando él se puso en pie. Una cálida emoción le creció en el pecho al percibir su vulnerabilidad.

Zane la miró por encima del hombro mientras salía.

–No debería costarme encontrarlos –le guiñó un ojo–. Se supone que soy detective.

Iona se dejó caer sobre la cama y respiró profundamente. Zane la sobresaltó al asomar la cabeza por la puerta y decir:

–Mientras vuelvo, estaría bien que te quitaras las bragas.

Iona lo miró con fingida impaciencia y una anticipada excitación.

–¡Eres terrible!

–¡Terrible! –repitió él, consiguiendo una aceptable imitación del acento de Iona–. Como quieras, pero necesito que estés lista para un segundo asalto, señorita.

Iona se quitó las bragas mientras oía las pisadas de Zane alejándose por el pasillo y gritaba:

–¡Órdenes! ¡Órdenes!

«¿Dónde tienes la cabeza?».

Zane se miró al espejo, enfurecido. Había estado a punto de perder el control.

Relajó la presión con la que se asía al lavabo y lanzó una mirada a

la pulsante erección que abultaba sus pantalones, tan intensa y duradera que empezaba a dolerle.

Había algo en Iona que lo afectaba peculiarmente. Su honestidad y su inocencia la hacían más vulnerable que a cualquier otra mujer que hubiera seducido. Si añadía a eso lo que le había contado sobre Demarest, su sentido de la responsabilidad respecto a ella se incrementaba. Aquel tipo le había robado la virginidad sin darle nada a cambio. O incluso peor, traumatizándola.

Para empeorar aún más las cosas, su inexperiencia, en lugar de enfriarlo, hacía que reaccionara a las caricias con tal intensidad que resultaba irresistible, y le despertaba un hambre que creía haber satisfecho hacía mucho tiempo.

Por eso se había comportado con la impetuosidad de un adolescente, y cuando ella había alcanzado el clímax, tan entregada, tan encendida, su propia excitación se había disparado y había estado a punto de romper una de sus reglas de oro: perderse en su interior sin protección, ciegamente.

Que hubiera estado tan cerca de cometer ese error y poseer a una mujer sin ninguna consideración, le devolvía el temor de ser como su padre.

Zane respiró profundamente varias veces, espirando el aire lentamente para calmarse a la vez que rotaba los hombros. Luego abrió el armario y encontró un paquete de preservativos.

Debía concentrarse en lo positivo. El hecho era que se había dominado y que le había pedido perdón a Iona. Por su dulce e inocente reacción, había deducido que ni siquiera había sido consciente de hasta qué punto lo había arrastrado al borde del precipicio. Así que, ya protegido, podría compensarla y acabar lo que habían empezado.

Abrió el paquete y se indignó al ver que solo había tres condones, pero al instante se dijo que bastarían para que el deseo de ambos se mitigara y, una vez saciados, podrían seguir cada uno su camino. Tiró el paquete a la papelera y guardó los condones en el bolsillo del pantalón antes de refrescarse la cara.

En cuanto vio la sonrisa con la que Iona lo recibía desde la cama, cubriendo su desnudez con la sábana, volvió a sentir un incontenible deseo.

–¿Los has encontrado? –preguntó ella con una expresión expectante que devolvió fuerza a su erección.

Dejó los condones sobre la mesilla y dijo:

–¿No te he dicho que soy un profesional?

Luego se bajó la cremallera del pantalón. Iona siguió el movimiento de su mano con la mirada y cuando se quitó los pantalones y los calzoncillos, susurró:

–¡Qué impresionante!

Zane sacó del paquete el primer preservativo con la convicción de que tres no iban a bastarle.

Al contemplar el sexo de Zane, que se proyectaba orgulloso desde el nido oscuro de su ingle mientras él se colocaba el condón con dedos hábiles, Iona sintió que el corazón se le subía a la garganta y que la respiración se le aceleraba.

Fue alzando la mirada por su musculoso tórax, siguiendo el rastro del hilo de vello que le dividía los pectorales, hasta que alcanzó su rostro.

–¡Eres espectacular! –susurró.

Zane rio y retiró la sábana. Iona sintió un cosquilleo recorrerla mientras él la observaba con expresión apreciativa.

–No tan espectacular como tú –dijo Zane.

Luego se echó a su lado y le acarició la curva de la cintura suavemente hacia los senos. Atrapó un pezón entre índice y pulgar y, agachando la cabeza, se lo succionó.

–¡Qué dulce! –susurró.

El gemido de placer de Iona lo llevó una vez más al límite. Zane repitió con el otro pezón, y ella sintió el placer recorrerla y asentarse en su sexo.

–Eres tan sensible que me estás matando –le susurró al oído a la vez que se colocaba sobre ella, le tomaba una pierna para subírsela a la cintura y le hacía sentir la punta de su miembro–. No creo que pueda aguantar más.

Ella se asió a sus hombros y se arqueó contra él.

–No esperes.

Zane masculló algo y, sujetándole ambas piernas por las rodillas, se las abrió y la penetró con un decidido y lento empuje.

Iona se tensó ante la invasión que se abría paso en su interior.

–Shh –la tranquilizó él, haciendo un esfuerzo sobrehumano para ralentizarse–. Respira y tómate tu tiempo. Estás tan prieta…

Entonces buscó con la mano el punto en el que sus cuerpos se unían e Iona gritó de placer cuando le tocó en su sensible centro. Zane empezó entonces a mecerse. Primero muy despacio, en prolongados movimientos. Luego más deprisa, acelerando el tempo. Y todo el tiempo siguió acariciándola, creando una espiral de tensión y placer que irradiaba desde su pulgar y que la atravesaba con la potencia de un rayo. Iona se movió con él, acompasándose a su ritmo, buscando la postura de las caderas que profundizaba la penetración, avanzando aceleradamente hacia el instante de gloriosa y ciega entrega que parecía estar cada vez un poco más allá.

El brutal orgasmo la sacudió como una ola recurrente, que la envolvió una y otra vez en sucesivas batidas. Se oyó a sí misma gemir de placer a la vez que Zane emitía un gruñido gutural cuando la ola lo alcanzó, y los dos llegaron al éxtasis simultáneamente.

Iona apenas podía mantener los ojos abiertos cuando él la estrechó contra sí. Ella apoyó la cabeza en su hombro y aspiró su delicioso aroma, sintiéndose plena y satisfecha. Él le retiró un mechón de cabello de la frente y, sonriendo, preguntó:

–¿Todo bien?

Ella sonrió a su vez.

–Muy bien –contestó. Y prefirió no prestar atención a la profunda ternura que sintió.

–Ahora, descansa –Zane le besó el cabello–. Todavía no hemos acabado.

–¿De verdad? –preguntó ella a la vez que daba un bostezo e intentaba contener la emoción que la embargaba.

–Claro que no. Nos quedan dos condones.

Iona rio y se acurrucó contra él. Pronto, fue cayendo en un delicioso sueño, aunque no consiguió ahuyentar la idea de que una vez usaran esos dos condones y llegara la mañana, Zane se marcharía.

Capítulo Cinco

Iona parpadeó y, sentándose, tomó la tarjeta de visita que había en la mesilla, le dio la vuelta y leyó el mensaje escrito:

Hola dormilona,
Tengo que ir a sacar a C.D. Llámame,
Zane
P. D.: Estás monísima cuando duermes… Incluso cuando roncas.

Acarició la tarjeta con el pulgar y se emocionó al releerla. Luego la devolvió a la mesilla. La noche había sido maravillosa, pero había terminado, y pensar que podía prolongarse era una estupidez.

Salió de la cama y, al desperezarse, sintió pequeños dolores en las partes más sensibles de su cuerpo, deliciosos rastros dejados por Zane. Durante la noche la había despertado dos veces, y en ambos casos la elevó hasta un espectacular orgasmo antes de llegar al suyo. Había localizado y dado vida a cada zona erógena de su cuerpo.

Pero cada vez que ella había tomado la iniciativa, él se lo había impedido, o bien distrayéndola o diciéndole que si lo tocaba no podría contenerse. Y aunque fuera verdad, la última vez que había colapsado en sus brazos, ya de madrugada, se había sentido levemente desilusionada.

Se miró en el espejo del cuarto de baño. Tenía la barbilla enrojecida por la áspera barbilla de Zane, y los ojos adormecidos y brillantes.

Abrió el grifo y se metió en la ducha. En cualquier caso, puesto que no iba a volver ver a Zane, aquellas reflexiones no conducían a nada. Le había dicho que se iría por la mañana, así que cuanto antes reuniera sus cosas y se fuera, mejor.

Pero mientras se enjabonaba, quitándose los últimos vestigios del aroma de Zane, supo que lo que le había dado aquella noche siempre significaría algo excepcional para ella.

Para cuando llegó la tarde, había comido, había lavado las sábanas y había limpiado la cocina. Después llamó a su padre para decirle que estaba fenomenal y que todo iba bien. Al menos la última parte había sido por primera vez parcialmente verdad, al contrario que en las semanas anteriores.

Había llegado la hora de irse.

Giró la tarjeta de Zane en la mano, preguntándose si debía llamarlo para despedirse y darle las gracias. Dejó la tarjeta junto al teléfono,

sacó de su mochila el dibujo del colibrí que había hecho el día anterior y escribió una nota por detrás. Luego contó los veinte dólares que le quedaban y los dejó, con el dibujo, junto a la tarjeta.

Se quedó mirando sus modestas ofrendas y supo que estaba comportándose como una cobarde, pero no podía permitirse el lujo de despedirse. Era mejor ser autosuficiente. El nudo que sentía en la garganta ya le resultaba sospechosamente parecido a una implicación emocional … Y no podía consentirlo.

Zane no tenía por qué responsabilizarse de ella. Se bastaba sola. Y por mucho que la noche anterior hubiera sido maravillosa, solo había sido sexo. La deliciosa sensación de estar a salvo en sus brazos era tentadora, pero no podía permitirse depender de Zane.

Se puso la mochila a la espalda e iba hacia la puerta cuando un fuerte golpe con los nudillos la sobresaltó. Se planteó no contestar y hacerle creer que ya se había ido, pero finalmente dejó la mochila en el suelo y abrió.

El corazón le dio un vuelco al ver al hombre que se apoyaba relajadamente en el dintel, con pantalones oscuros, una inmaculada camisa blanca y una sonrisa irresistible. El peso que sentía en el pecho se incrementó alarmantemente.

–No me has llamado –dijo él.

–Ya, no he tenido tiempo.

–¿De verdad? –Zane se separó del dintel y, tras mirar a Iona fijamente a la cara durante unos segundos, deslizó la mirada hacia la mochila, el dinero y el dibujo.

–¿Qué significa esto? –preguntó, tomando el dibujo y dándole la vuelta. Tras leer la nota, miró a Iona con ojos entornados–. Gracias por el dibujo. Es muy bonito –dijo en un tono tranquilo que contrastaba con la vena que le palpitaba en la frente–. Pero vas a tener que explicármelo. ¿Pensabas marcharte?

La vergüenza, combinada con sus aceleradas hormonas, hizo que a Iona le saliera la voz en un susurro quebrado.

–Te dije que me iría hoy por la mañana. No pensaba que quisieras de verdad que te llamara.

Zane enarcó una ceja con gesto sorprendido.

–¿Después de lo que hicimos anoche? ¿Qué clase de tipo crees que soy?

Iona se estremeció ante su obvio enfado; pero peor aún fue el tinte de desilusión en su tono. ¿Había herido sus sentimientos? No creía que eso fuera posible. Pero tal vez no se había molestado en plantearse esa posibilidad.

–Lo siento. No creía que… –balbució, mirándose los pies.

–¡Maldita sea, Iona! –dijo él–. Que haya un tipo impresentable no significa que los demás los seamos.

Ella asintió en silencio. Zane le posó la mano en la mejilla, y su mente se sumergió de inmediato en un estado confusión.

–¿Dónde pensabas ir? –peguntó él, retirándole el cabello tras las orejas.

Iona se encogió de hombros a la vez que intentaba reunir la fuerza de voluntad suficiente como para separarse de él.

–A Monterrey, tengo que encontrar alojamiento y trabajo.

–El alojamiento en Monterrey es caro. Además, te dije que podías quedarte aquí cuanto quisieras.

–Pero eso fue antes de… –Iona enrojeció hasta la raíz del cabello.

–¿Antes de qué? –preguntó él, deslizando las manos hacia su clavícula.

Iona resopló. El anhelo de quedarse era tan intenso, que sentía pánico a partes iguales. No debía ansiar tanto permanecer junto a Zane. Una cosa era haber dormido una noche juntos. Otra, querer establecer una intimidad que fuera más allá del sexo.

–Antes del sexo.

Zane dejó caer las manos.

–No entiendo qué tiene que ver el sexo con que no puedas quedarte.

–No estaría bien –dijo ella, empezando a impacientarse. ¿Por qué se lo hacía tan difícil?–. Estaría aprovechándome de ti.

La risa con la que Zane recibió sus palabras hizo que Iona lo mirara enfurecida.

–¿Qué te parece tan divertido?

–Tú, Iona. ¿Qué te hace pensar que te estás aprovechando de mí? Esta casa ni siquiera es mía, sino de un amigo.

–Bueno, pues de tu amigo –era tan evidente para Iona que no entendía que Zane no lo comprendiera a la primera.

–Tranquilízate –Zane la tomó por la muñeca y la atrajo hacia sí–. Mi amigo es dueño de media California, así que aunque no le pagues no va a arruinarse –le colocó las manos en las caderas y sonrió con picardía, disparando automáticamente las hormonas de esta–. Y te recuerdo que te has acostado conmigo, no con él.

Iona se apartó de él.

–No comprendo por qué eres…

–Iona, quiero que te quedes –la interrumpió él con firmeza.

–¿Por qué? –preguntó ella, rodeándose la cintura con los brazos, como si necesitara protegerse.

–Porque es importante para mí.

–¿Por qué? –repitió Iona, expectante.

Zane vio en su mirada una mezcla de deseo y confusión y sintió una pulsante respuesta; pero reprimió el impulso de tomarla en brazos, llevarla al dormitorio y demostrarle lo importante que era para él tenerla cerca. No estaba allí por sexo. O al menos no solo por sexo.

Suponía que Iona estaba planteándose las mismas cosas que le habían inquietado a él todo el día. De hecho, había estado a punto de llamarla en numerosas ocasiones, pero había pensado que debía dejarle a ella tomar la iniciativa. Hasta que, después de unas horas de tortura esperando su llamada, se había hartado.

Con lo que no había contado era con que ella fuera a huir. Había sido difícil mantener la calma cuando había leído la nota:

Zane,

Por favor, acepta este dibujo como una pequeña muestra de agradecimiento. El dinero es por la comida y una llamada que he hecho a Escocia. Espero que sea suficiente.

Te deseo lo mejor,

Iona

Ni una referencia a la noche anterior. ¿Hacía unas horas sollozaba en sus brazos de placer y ni siquiera creía que se merecía un adiós?

No quería asustarla o hacerle creer que lo que había entre ellos era más de lo que realmente era, así que debía tener cuidado.

Alzó las dos manos y, con una sonrisa apaciguadora, dijo:

–Porque necesito saber que estás a salvo. Recuerda que antes era policía.

–¿Esa es la única razón? –Iona se ruborizó y Zane sintió dispararse su deseo.

–Sí, ¿qué otra cosa podría ser? –preguntó él.

Pensó que aquel era el momento ideal para su habitual discurso: cómo no era una buena apuesta, cómo no buscaba nada permanente a pesar de lo muchísimo que ella le gustaba... Se lo había contado a todas las mujeres que había conocido desde el instituto, y normalmente, antes de acostarse con ellas. Así que en el caso de Iona, llegaba tarde. Pero mientras esperaba la respuesta de Iona, su lengua permaneció inmóvil y el discurso quedó atrapado entre sus labios como un mal sabor de boca. Y se dio cuenta de que no quería usarlo con Iona.

Eso no significaba que quisiera algo serio con ella. No estaba hecho para comprometerse. Le gustaba el cortejo, el reto y el sexo de los preámbulos de una relación; mientras que prefería evitar la segunda parte, cuando conocía todos los secretos de la mujer y el sexo empezaba a enfriarse.

Con Iona, sin embargo, había abandonado desde el primer momento sus pautas habituales de comportamiento. No recordaba la última que se había acostado con una mujer en la primera cita, o haber impedido que una mujer lo tocara por temor a alcanzar el clímax antes de lo debido. Y en aquel instante, por primera vez en su vida, dedicarle el

discurso le resultaba innecesario.

Estaba tan sumido en sus propios pensamientos que cuando Iona finalmente contestó, no la oyó bien.

–¿Qué has dicho?

–Que tienes razón –dijo ella, mirándolo a los ojos.

–¿Respecto a qué?

–A que es mejor que no volvamos a dormir juntos.

–¿Ah sí? –¿Cuándo he dicho yo eso?, pensó Zane, que se quedó mirando a Iona atónito.

–Anoche lo pasé… Fuiste increíble –continuó Iona, manteniendo un gesto solemne–. Pero no quiero que las cosas se compliquen, sobre todo si voy a quedarme.

–El sexo no tiene por qué ser complicado –dijo Zane recordando por fin el discurso–: Sobre todo si no implica nada más.

–Pero no puede no implicar nada más si te sientes responsable de mí.

–Iona, te aseguro que no es así.

–¿Estás seguro?

–Completamente. Escucha, por qué no te instalas, buscas trabajo y me llamas en unos días –dijo Zane, a su pesar. No quería marcharse, pero tenía que reencauzar aquel romance y así era como habría actuado en el pasado. Continuó–: Me gustaría volver a verte y tengo el fin de semana libre, pero tú decides, ¿vale?

Iona tenía razón. La noche anterior había sido increíble, pero ninguno de los dos quería que se convirtiera en algo serio, así que debía retirarse y reprimir el impulso de hacerle el amor en aquel mismo momento. Era ella quien debía tomar la decisión. No él.

–Me parece muy bien –dijo Iona. Y sus ojos pasaron de color caramelo a chocolate–. ¿Estás seguro de que a tu amigo no le importará que me quede?

Zane la miró con gesto de desesperación.

–Está bien. Gracias –Iona dio un suspiro de alivio y el pecho se le elevó contra la camiseta.

El impulso de atrapar sus senos con las manos y apretarle los pezones entre los dientes fue tan agudo que Zane creyó sentir su sabor en la boca. Se obligó a desviar la mirada hacia su rostro, y en sus pesados párpados vio el reflejo de un deseo igualmente intenso.

–Buena suerte con la búsqueda de trabajo –dijo–. Pero esta vez no te olvides de llamarme.

«Tres días, Montoya», se dijo. «Puedes aguantar hasta el sábado».

Tomó el dibujo y fue hacia la puerta.

–¿Qué hay del dinero que te debo? –preguntó ella cuando Zane la abrió.

–Podemos arreglarlo cuando consigas trabajo –dijo él, aunque no

tenía la menor intención de aceptar dinero de Iona.

–Está bien. Si no te importa…

–No me importa en absoluto –Zane le tomó la mejilla y le dio un beso en los labios, pero alzó la cabeza en cuanto ella, instintivamente, los entreabrió.

«Todavía no. Pronto».

Le pasó el pulgar por la barbilla, divertido con la sorpresa de Iona ante su contención.

–Nos vemos el sábado.

Iona le dedicó una amplia sonrisa y dijo con su suave acento, que a oídos de Zane era como un ronroneo:

–Estaré ansiosa por verte.

«No tanto como yo, querida».

–¡Hola, Zane, qué sorpresa!

Zane sintió una presión instantánea en la ingle al tomarle la mano a Iona y besarle los nudillos.

–Creía que teníamos una cita.

–¡Ah, es verdad, ahora lo recuerdo! –dijo Iona con una pícara sonrisa.

¿Por qué demonios habría sugerido ir a dar una vuelta en coche cuando llevaba tres días agónicos esperando a verla?

–Voy a por mi chaqueta –dijo Iona.

Zane la observó mientras se ponía la cazadora. Llevaba unas sandalias de cuentas, un pañuelo de un vivo rosa con el que se recogía el cabello y una pulsera dorada en el tobillo. El conjunto era chic y sexy. Pero no fue hasta que entraron en el coche y le llegó una bocanada de su aroma que su deseo estalló, desbocado.

–¿Adónde quieres ir? –preguntó él, apoyando el brazo en el respaldo y toqueteando un mechón de cabello que había escapado del pañuelo.

–Adonde tú quieras. Estoy a tu disposición.

Zane rio.

–Me alegro. Llevo tres días esperando verte.

Iona rio con coquetería y el aire se cargó de electricidad.

–¿No has oído hablar de las ventajas de la gratificación tras la espera?

–Algo he oído –dijo él, poniendo el coche en marcha.

La risa cantarina de Iona pudo con la contención de Zane. Pero cuando paró el coche y se inclinó hacia ella para sugerir que pasaran a una gratificación inmediata, le vibró el teléfono.

Iona le toco los labios a Zane con el dedo y dijo:

–¡Salvados por la campana!

–No creas –Zane le mordisqueó el labio–. Voy a decirle a quien sea

que tendrá que esperar a ser gratificado, a ver qué opina.

Cuando apretó sus labios contra los de ella, Iona se apartó.

–Deberías contestar. Puede que sea importante.

Zane le dedicó una mirada de frustración, tocó la pantalla y al ver que era su madre, suspiró. María no acostumbraba a llamarlo y se sintió en la obligación de contestar.

Solo al oír la voz de su madre a todo volumen se dio cuenta de que había dejado conectado el manos libres.

–Zane, ¿dónde estás? La quinceañera ha empezado hace un par de horas. Prometiste que vendrías.

Zane apretó el botón para conectar el móvil, pero por la expresión de Iona se dio cuenta de que había oído perfectamente.

–No puedo ir. Lo siento.

–¿Por qué no? –preguntó su madre.

–Ha surgido algo en el último momento –dijo él, incómodo–. ¿Qué te parece si le llevo a Maricruz un regalo más tarde? –preguntó, conciliador.

–¿Por qué te resistes a formar parte de la familia?

La acusación irritó a Zane. Tanto como saber que nunca podría explicárselo.

Notó un roce en el brazo y, al girarse, vio que Iona lo observaba con expresión compasiva y que articulaba algo con los labios.

–Un momento, María –dijo, cubriendo el altavoz.

–¿Se trata de la fiesta de tu prima? Deberías ir –dijo Iona–. Puedes venir a por mí más tarde.

Zane se rebeló ante la idea de dejar a Iona sola, pero cuando ella añadió que no se sentía bien alejándolo de la familia, Zane supo que era una batalla perdida.

–Está bien –dijo a regañadientes–. Iré, pero tú vienes conmigo.

–No digas tonterías –protestó Iona–. No conozco a…

Ignorándola, Zane destapó el teléfono.

–Vamos de camino –dijo sin inmutarse ante la exclamación de sorpresa de Iona.

–¿Vamos? ¿Quiénes? ¿Vienes acompañado?

María sonó tan entusiasmada que Zane temió arrepentirse de su decisión.

Nunca hablaba con su madre de su vida amorosa, ni le presentaba a las mujeres con las que salía.

–Llegaré en media hora –dijo, evitando contestar deliberadamente. Cortó la llamada y se pasó los dedos por el cabello.

Sus planes de una velada sensual seguida de sexo tórrido acababan de tomar un giro inesperado. En cuanto María conociera a Iona y reaccionara tal y como él sospechaba, la relación sin ataduras que llevaba tres días trabajándose, se complicaría.

–Abróchate el cinturón –le dijo a Iona, que no parecía especialmente contenta con la forzada invitación–. ¿No creías en la gratificación retrasada? Pues vas a tenerla.

–¡Qué encantador! –dijo Iona, sintiéndose abrumada al ver la inmensa hacienda, situada en lo alto de una colina alfombrada por hileras de viñedos.

Decenas de faroles colgados en el porche con los colores rojo, verde y blanco de la bandera mejicana completaban una imagen de cuento. Unos cincuenta coches se alineaban a la entrada, bajo unos impresionantes robles. Rosales y matas de lavanda formaban coloridos macizos que enmarcaban la casa. Un grupo de adolescentes estaba en el porche, las chicas con preciosos vestidos de gala y los chicos, desgarbados e incómodos, con esmoquin.

–Me parece que no estamos vestidos para la ocasión –murmuró Iona mientras se aproximaban, estirándose el corto vestido.

–No te agobies –dijo él, apretándole la mano–. Ni la reina de Inglaterra estaría suficientemente elegante comparada con esta gente. Nos iremos pronto.

Un rumor de voces se mezclaba con música de violines y guitarras. Alguien saludó a Zane en español cuando cruzaban el porche. Iona sintió una colmena de abejas en el estómago al notar varios pares de ojos mirándola con curiosidad.

Sin detenerse, Zane la llevó hacia la parte de atrás donde había un enorme jardín, también iluminado por farolillos. En varias mesas montadas sobre caballetes había comida, mientras numerosos camareros se desplazaban ofreciendo bebidas a los invitados. Un grupo de músicos tocaba delante de una pista de baile, junto a una enorme piscina. Mucha gente saludó a Zane desde la distancia, pero este se limitó a responder educadamente.

Entonces una chica, vestida como una princesa de una película de Disney, corrió hacia él.

–¡Zane, por fin has venido! –gritó, antes de echarse en sus brazos.

Zane la observó a la vez que la dejaba en el suelo, sobre unos altos tacones.

–Felicidades, Maricruz.

Ella giró sobre sí misma, haciendo flotar las capas de encaje de su vestido.

–¿Qué te parece?

–Que estás preciosa –dijo Zane–. Pareces toda una señorita.

Ella sonrió de oreja a oreja.

–Espero que dejes de tratarme como a una niña –dijo, ruborizándose.

El brillo de coquetería de su mirada fue inconfundible, e Iona se preguntó si Zane era consciente de que su prima de quince años estaba prendada de él.

–Maricruz, quiero presentarte a mi acompañante, Iona –Zane alargó la mano hacia atrás, tiró de ella y la colocó a su lado.

–Ah, hola –saludó Maricruz, entre sorprendida y desilusionada.

–¡Qué preciosa fiesta! –dijo Iona, agradeciendo que Zane le pasara el brazo por los hombros.

–Gracias –contestó la niña, enfurruñada, antes de volver a sonreír a Zane–. ¿Bailarás conmigo? Más tarde van a tocar valses.

–Si todavía estamos aquí, por supuesto.

–¿De verdad?

La forma en que se iluminó el rostro de Maricruz despertó la lástima de Iona. No parecía haber prestado atención a la condición que Zane había incluido en su respuesta.

–Claro.

Maricruz dedicó una sonrisa traviesa a Iona, que la transformó en la niña que era.

–Me encanta tu vestido. Es superoriginal –dijo Maricruz–. ¿De dónde lo has sacado?

Al darse cuenta de que era sincera, Iona se relajó.

–De una tienda en Edimburgo.

–¿De dónde es tu acento? Me gusta.

–De Escocia.

–Genial, ¿como el de Braveheart?

–Así es –dijo Iona, sonriendo.

–¿Es verdad que los hombres llevan falda?

–Se llaman *kilts* –explicó Iona–. Y sí, sobre todo en ocasiones especiales.

Zane aumentó la presión sobre sus hombros y dijo:

–Se acabaron las preguntas. Iona viene de Escocia, no de la luna.

–Espera a presentarla al resto de la familia –Maricruz dirigió una mirada de complicidad a Iona–. Vas a conocer a la inquisición mejicana. Zane nunca ha venido a una fiesta acompañado.

La sorprendente información desconcertó a Iona.

–Vas a ser tema de conversación durante meses –concluyó Maricruz.

–Vamos a por algo de comer –intervino Zane–. Hasta luego, Maricruz –dijo, y se alejó de la curiosa jovencita.

–Te buscaré para el vals –gritó Maricruz a su espalda antes de volver con las primas de su edad.

–¿Es verdad? –preguntó Iona

Zane la llevó por el borde de la pista de baile hacia una mesa y le dio un plato.

–Comamos algo y marchémonos.

–Lo pregunto en serio, Zane, ¿soy la primea mujer que presentas a tu familia? –preguntó Iona, sujetando el plato mientras él le servía comida.

–No hagas caso a Maricruz. Bromeaba.

–Esa no es una respuesta.

Zane dedicó una sonrisa a Iona que hizo que el corazón le saltara a la garganta.

–No suelo ir a fiestas familiares con mis citas porque suelo evitar venir.

–¿Por qué? –preguntó Iona, sorprendida.

La fiesta podía resultar un tanto abrumadora para una desconocida, pero Zane formaba parte de la familia, y todo el mundo parecía contento de verlo. Se sirvió una generosa cantidad de arroz y pollo.

–Porque suelo tener cosas más interesantes que hacer. Como hoy mismo –dijo, acariciándola con una prometedora mirada.

–Entiendo –dijo Iona, sintiendo mariposas en el estómago.

Zane rio e, inclinándose, le susurró al oído.

–Ahora, deja de hacer preguntas y come para que podamos marcharnos.

Marcharse de una fiesta de la familia Zane resultó ser más difícil de lo que Iona había imaginado. Antes de que tuvieran tiempo de terminar de comer, se habían visto interrumpidos por una sucesión de familiares.

El conjunto de tías, tíos y primos de todas las edades habría necesitado una pared para dibujar el árbol genealógico, e Iona no consiguió retener ni la mitad de los nombres. Pero una cosa estaba clara: todos estaban encantados de ver a Zane, mientras que este no parecía en absoluto contento con estar allí.

Iona se sintió abrumada por la atención que despertaban, e impresionada por el estrecho vínculo de afecto que parecía unirlos. Por eso no comprendía que Zane estuviera tan tenso.

–¿No deberíamos quedarnos un poco más? No hemos estado ni una hora –preguntó Iona a la vez que empezaban a sonar las primeras notas de un vals.

Zane la miró con una ceja enarcada.

–¿No has tenido bastante inquisición?

–No ha sido tan grave. Todo el mundo es muy amable.

Zane rio con desdén.

–¿Consideras amable el interrogatorio de Roberto sobre tu familia?

–No me ha importado. Es evidente que todos te tienen mucho cariño.

Zane la tomó por los codos y la atrajo hacia sí.

–¿Te importaría dejar de ser tan buena persona? Solo consigues que te desee aún más.

–Estoy hablando en serio. Es agradable saber que la gente te quiere, ¿por qué no lo admites?

¿Cuántas veces se había ido ella a la cama rezando para ser importante para su madre? Recordarlo seguía entristeciéndola, y le irritaba que Zane no apreciara lo que tenía.

Él le dio un beso en la punta de la nariz y le susurró al oído:

–Quizá porque no quiero que se inmiscuyan en mi vida –tomándola de la mano, añadió–: Vayámonos ahora que nadie se fija.

Pero en ese momento, Iona vio a Maricruz al borde la pista de baile, mirándolos con cara de desilusión.

–Espera, Zane –dijo, tirando de él para que se detuviera–. Has prometido a Maricruz un vals, y te está esperando.

Zane se pasó los dedos por el cabello con exasperación, a la vez que miraba hacia atrás y veía a Maricruz con gesto expectante. Cuando sus miradas se cruzaron, Zane supo que había perdido la batalla contra su propia conciencia.

–Está bien –dijo con un resoplido. Y sujetando a Iona por los codos, añadió–: No te muevas de aquí. Volveré en diez minutos y nos iremos.

–No te preocupes. Ni siquiera parpadearé –bromeó Iona.

Zane rio.

–Así me gusta. O tendrás problemas.

–Eso espero –contestó Iona con coquetería.

El rostro de Maricruz se iluminó a la vez que hacía una pequeña reverencia antes de estallar en una carcajada y seguir a Zane a la pista de baile.

Iona suspiró viéndolos bailar.

–Hola, soy Juana.

Iona se sobresaltó y, al mirar hacia el lado, vio a una joven de ojos marrones y mirada astuta.

–Soy una de las primas segundas de Zane –aclaró–. ¿Eres su novia?

–Sí, me llamo Iona MacCabe –dijo esta, estrechándole la mano–. Encantada.

Juana sonrió y, llevándose la mano al pecho, dijo:

–¡Zane es tan maravilloso! ¡Debe ser increíble salir con él!

–Sí que lo es –dijo Iona, tras un leve titubeo.

–Me alegro mucho de que hayáis venido. Maricruz habría estado muy desilusionada si Zane no llega a aparecer –la chica miró hacia la pista–. Gracias por haberlo traído.

–De nada –balbuceó Iona, confusa–. Pero lo ha decidido él mismo.

–Menos mal que no eres tan estirada como las otras.

–¿Qué otras?

–Tenemos la teoría de que Zane solo sale con mujeres esnob que no

quieren saber nada de su familia –dijo la joven sin disimular el desprecio–. Tú en cambio pareces muy agradable –concluyó Juana. Y abrió los ojos desmesuradamente, temiendo haber insultado a Iona.

–¿Por qué pensáis que solo sale con ese tipo de mujeres? –preguntó esta, más curiosa que ofendida.

–Por su padre.

–¿Qué pasa con su padre? –preguntó Iona, dándose cuenta de que Zane no lo había mencionado.

–Era un pinche gringo rico –Iona no sabía qué significaba pinche, pero por el tono, dedujo que nada bueno–. Aunque ninguno de nosotros sabe quién es. Está prohibido hablar de él. El abuelo se enfurece cuando alguien hace referencia a que Zane es mitad americano. No le dirás nada, ¿verdad?

–Por supuesto que no –dijo Iona, aunque estaba confusa. No era difícil adivinar que Zane era mitad americano, sus ojos azules lo delataban. Pero Iona no comprendía que eso fuera un problema cuando su familia era evidentemente multicultural y la mitad de los asistentes a la fiesta parecía de ascendencia americana.

Pero cuando abrió la boca para preguntar, Juana dijo con una exclamación de alegría:

–¡Qué dulce, María ha pedido a Maricruz un cambio de pareja! ¡Hacen tan buena pareja…!

Iona volvió la mirada hacia Zane, y descubrió que su compañera de baile era una espectacular belleza vestida de escarlata. Dulce no era la palabra que mejor la definía. Seductora era más apropiada. Una espléndida melena negra, brillante y lustrosa le caía por la espalda en una cascada de tirabuzones; y el vestido rojo abrazaba un cuerpo espectacular que resultaba elegante más que provocativo.

¿Quién era María?

Al observar unos instantes la intimidad y el afecto que había entre ellos, y darse cuenta de que era la única persona a la que Zane miraba con calidez, dedujo que solo podía deberse a que era una amante, pasada o presente.

Y esa debía ser la razón de que Zane no hubiera querido acudir a la fiesta.

El vals acabó y tanto Zane como su explosiva pareja de baile se volvieron para aplaudir a la banda. Entonces Iona vio a la mujer ponerse de puntillas y besar a Zane en la mejilla. Incluso a aquella distancia, la mirada de afecto de Zane fue inconfundible. La pareja parecía estar en un mundo propio, e Iona sintió una boa serpentear en su interior y envenenarla.

–Disculpa, Juana –dijo. Y se abrió paso entre la gente hacia la salida.

Debía marcharse y olvidarse de él. Aunque hubieran compartido

una noche y llevara tres días pensando en él, no había nada entre ellos. En cambio sí lo había entre Zane y María.

Pero de pronto se dio cuenta de que no podía irse, de que no tenía coche y de que dependía de Zane. Incapaz de dominar la furia que iba apoderándose de ella, retrocedió sobre sus pasos y fue hacia la pista de baile.

Cuando estaba a punto de llegar junto a la pareja, la diosa escarlata echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una carcajada como reacción a algo que Zane le dijo. En ese momento, él descubrió a Iona y le sonrió sin el menor rastro de incomodad o vergüenza, lo que fue interpretado por Iona como una prueba más de que sus sentimientos le eran indiferentes.

–Hola, Iona –la saludó él.

–Puedes llevarme a casa, por favor. Ahora mismo –dijo ella.

–¿Pasa algo? –preguntó él con un desconcierto que confirmó a Iona lo desconsiderado que era.

–Quiero ir a casa y necesito que me lleves –dijo ella entre dientes, decidida a no alzar la voz–. O al menos que me dejes en una parada de autobús.

–¿Por qué iba a hacer eso? –preguntó él–. Recuerda que tenemos planes para esta noche.

Iona sintió la ira nublarle la vista. ¿Cómo podía mencionar la noche delante de aquella mujer?

–Me voy. Y si tú no me llevas, buscaré a alguien que lo haga –dijo con vehemencia.

–Has venido conmigo y te irás conmigo –dijo él, tomándola del antebrazo.

Iona sacudió el brazo para que se lo soltara.

–Haré lo que me plazca.

–Zane, déjala ir. Estás montando una escena –dijo la mujer con voz tranquila y expresión sorprendida.

Zane soltó a Iona a la vez que mascullaba:

–Es ella quien está montando una escena.

Iona sintió la indignación acumulársele en el pecho, pero antes de que pudiera decirle a Zane lo que pensaba, la diosa intervino una vez más.

–Iona, encantada de conocerte.

La serpiente se revolvió, pero Iona impidió que atacara. La culpa de lo que estaba pasando no era de ella, sino de Zane.

–Mira, María, estoy segura de que eres una gran persona –dijo, no pudiendo impedir que parte del veneno escapara por su boca–. Es evidente que Zane te tiene en gran estima, y no es tu culpa que me haya traído y que nos haya humillado a las dos –lanzó una mirada furibunda a Zane y continuó–: Pero no tengo el menor interés en los

tríos.

Los ojos de la mujer se abrieron desmesuradamente.

–Desafortunadamente, no puedo irme si Zane no me lleva, pero en cuanto me deje en una parada de autobús, será todo tuyo –siguió Iona, ignorando un exabrupto de Zane y la risa de incredulidad que escapó de los labios de la mujer.

Entonces se volvió hacia Zane, que la miraba perplejo.

–Iona, te estás equivocando –dijo él.

–Lo dudo –susurró ella, furiosa, dándose cuenta por primera vez de que había cesado la música y de que los invitados los observaban.

A la vez que Zane se pasaba las manos por el cabello y maldecía, la mujer dijo:

–Iona, siento haberte inducido a error. Soy la madre de Zane.

–¿Disculpa? –dijo Iona, boquiabierta.

–María Montoya –dijo la diosa, tendiéndole la mano–. La madre de Zane –concluyó con una sonrisa amable–. Te aseguro que es un placer conocerte. Mi hijo siempre ha necesitado una mujer con personalidad, capaz de enfrentarse a él.

–Pe-pero –balbució Iona, mirando la mano, paralizada–. No es posible. Eres muy joven.

–¡Ojalá! Me halagas.

La amabilidad de María hizo que Iona se sintiera aún peor. Se llevó la mano a los labios, horrorizada al recordar lo que acababa de decir. Y delante de toda la familia de Zane.

–Lamento muchísimo mi comportamiento –dijo, y salió precipitadamente entre los invitados.

–¡Iona, espera!

Iona continuó avanzando hasta llegar a la parte de delante de la casa, y corrió entre los viñedos, decidida a caminar hasta Pacific Grove si era necesario, antes que consentir que Zane la llevara en coche. Estaba llegando a la verja de entrada cuando unas manos fuertes la retuvieron.

–¿Adónde demonios crees que vas? –preguntó Zane, obligándola a volverse hacia él.

Iona cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas. Luego, desvió la mirada de la de Zane y dijo:

–No me pasará nada. Cuando llegue a la carretera haré autostop. Seguro que no tardan en recogerme.

–Ni hablar. Además, hay tres millas hasta la carretera. Y está oscuro.

–Por favor, déjame ir. Y por favor, por favor, por favor, dile a tu madre cuánto lo siento.

Suponía que Zane la odiaba, y no podía culparlo. Lo había avergonzado ante toda su familia.

–Mi madre está encantada de que creas que no ha llegado a los cuarenta cuando hace un par de meses cumplió cincuenta.

–¡Tiene cincuenta años! –repitió Iona, atónita–. ¿Y tú cuántos años tienes?

–Treinta y cuatro. Me tuvo a los dieciséis –dijo Zane con un tono de irritación del que Iona dedujo que estaba harto de tener que hacer esa aclaración.

–Eso puede explicar mi error –dijo Iona–. Pero no hace que me sienta menos mortificada por todas las cosas que he dicho.

–Iona, no seas tonta. No ha sido para tanto.

–¡Le he dicho que no quería participar en un trío! –exclamó Iona–. ¡Y he montado una escena delante de tu familia! ¡Ha sido horroroso, imperdonable!

Zane le tomó la barbilla para obligarla a mirarlo. Pero la expresión de pena que ella vio en sus ojos le formó un nudo en el estómago. ¿Cómo podía haber hecho el ridículo de aquella manera?

–Iona –dijo él en un tono apaciguador que la angustió casi más que la compasión que había intuido– la guerra nuclear es horrorosa; el hambre en África inexcusable. Pero esto no es ninguna de las dos cosas. Esto ha sido un error. Y recuerda que somos una familia latina, en la que los dramas son el pan de cada día. Como escena, esta no alcanza ni el grado dos de la escala Richter de dramas familiares.

Iona empezó a sentirse algo mejor, pero le costaba comprender que Zane no estuviera más furioso con ella por haberlo humillado delante de su familia. ¿Tan poco le importaba su opinión?

Capítulo Seis

–Zane, ¿está bien Iona?

El estómago de esta se contrajo al ver a la madre de Zane dirigirse hacia ellos.

–Sí –dijo él con aspereza–. Pero nos vamos. Ya hemos tenido bastante por un día.

Iona percibió el estremecimiento de María ante el malhumorado comentario, y pensó que Zane no debería hablar así a su madre.

–Lo siento mucho –dijo en tono amable María, dirigiéndose a Iona–. A menudo me confunden como hermana de Zane. Pero es la primera vez que me confunden como su amante.

–Por favor, soy yo quien debe disculparse –dijo Iona, mortificada.

–Si Zane hubiera tenido el sentido común de presentarnos cuando habéis llegado, nos habríamos evitado este malentendido –dijo María, dirigiendo una mirada impaciente a su hijo.

–Sabes que ni siquiera quería venir –dijo Zane a modo de respuesta. Iona escuchó el intercambio en silencio.

–Zane, ¿no crees que es hora de que superes tu rabia? –preguntó su madre, acariciándole la mejilla.

Zane echó al cabeza hacia atrás para evitar el contacto.

–Tenemos que irnos –dijo. E Iona vio la mirada de María velarse de tristeza.

–Zane, por favor…

–Te llamaré a lo largo de la semana –la cortó Zane. Y le dio un precipitado beso en la mejilla.

Su madre asintió en silencio e Iona sintió lástima por su evidente desilusión.

–Adiós, Iona –dijo María–. Espero volver a verte.

Iona la observó volver hacia la casa.

–Parece una persona maravillosa. Debió ser genial crecer con ella –musitó sin pensárselo–. No deberías haberte enfadado con ella. Ha sido mi culpa.

–Ya lo sé –masculló Zane, a la vez que la conducía hacia el deportivo–. Vayámonos de una vez.

Iona vio en la penumbra que también él parecía triste. Cuando Zane puso el motor en marcha, no pudo evitar hacerle una pregunta:

–¿Por qué no me has presentado al llegar?

–Por nada en especial. Ni siquiera la había visto hasta que se me ha acercado en la pista de baile.

Iona sabía que mentía, pero no lo dijo. Se acomodó en el asiento y estudió el perfil de Zane. Era sin duda el hombre más guapo del mundo. Y todo en él la fascinaba. Más aún después de haber conocido a su familia y, especialmente, a su madre. Era inevitable preguntarse cómo habría sido su infancia. Si se sentía muy cerca de su madre, tal y como Iona había intuido al verlos bailar, ¿de dónde emanaba la tensión? ¿Estaría relacionada con su padre, el pinche gringo al que Juana se había referido con tanto desdén?

Iona no pudo resistirse a satisfacer parte de su curiosidad.

–¿Por qué llamas a tu madre por su nombre?

Zane tardó tanto en contestar que Iona estuvo a punto de volver a hacer la pregunta. Pero entonces él se encogió de hombros y dijo:

–De pequeño la llamaba mamá, pero con los años, resultó más fácil llamarla por su nombre.

–¿Por qué? –insistió Iona, aún más intrigada.

Zane miró de reojo a Iona.

–No estoy seguro de querer contártelo –dijo.

–¿Por qué no?

–Porque me hace quedar como un idiota –dijo él. Y eso había sido de adolescente. Egoísta, volátil e inmaduro. Pero había otra razón que no estaba dispuesto a compartir.

–¿Y eso?

Zane resopló con lo que sonó como una risa relajada.

–Está bien, si te empeñas… En el instituto, era mucho más joven que las demás madres y tan... exuberante –tamborileó los pulgares en el volante, tensándose al recordar los silbidos y susurros que despertaba a su paso siempre que iba a verlo al instituto–. Llamaba mucho la atención. Solía enfadarme y meterme en líos, pero no podía contárselo porque no quería que supiera lo que decían de ella.

Apretó el acelerador mientras recordaba las constantes peleas, los nudillos heridos, los ojos morados y los labios partidos, además de las continuas visitas al director, en cuyo despacho lo obligaban pasar horas mientras se negaba tanto a defenderse como a disculparse por su comportamiento. La rabia se le había acumulado durante años por las injusticias que su madre sufría solo por ser joven y hermosa, y por haber tenido que llevar una vida que no había elegido. Pero a un nivel más profundo, había alimentado otra rabia, mucho más oscura y dañina, que nunca había llegado a controlar y de la que no quería hablar.

–Si hubiera sido menos orgulloso o estúpido, habría ignorado los comentarios –añadió.

–Solo pretendías protegerla de la única manera que sabías. A mí me

parece muy caballeroso por tu parte –dijo Iona con voz aletargada.

Zane se encogió de hombros, incómodo con el placer que le causaba su actitud comprensiva.

–Desde entonces empecé a llamarla por su nombre para que mis compañeros creyeran que era mi hermana mayor en lugar de mi madre. Ahora sabes por qué llamo a mi madre María. Con los años, se me hizo raro volver a llamarla mamá.

Notó que Iona lo miraba a los ojos aunque no pudiera ver su expresión en la penumbra.

–También debió ser duro para ti que tu madre os dejara –comentó.

–La verdad es que sí. Pero lo superamos –dijo ella, con una tristeza que conmovió a Zane. Luego se acomodó en el asiento y bostezó–. Lo peor es que a los diez años eres tan egocéntrico que asumes que la culpa es tuya.

Zane quitó la mano del cambio y le presionó la rodilla afectuosamente.

–Pero ahora sabes que no es así, ¿verdad?

¿Sería esa la razón de que hubiera sido una presa tan fácil para Demarest? No ser deseado era horroroso, y tenía devastadoras consecuencias para la autoestima. Él lo sabía bien. Pensó que debía decir algo reconfortante. Pero aspiró el perfume dulce y sensual de Iona y sintió una presión instantánea en la entrepierna.

Zane la miró cuando tomó la autopista. Ovillada en el asiento, se había quedado dormida. A medida que avanzaban por la carretera de la costa, Zane se dio cuenta de que algo había cambiado entre ellos aquella noche. Con su vulnerabilidad y sus pequeñas inseguridades, Iona le recordaba, en cierta medida, a sí mismo. Lo malo era que eso le despertaba un sentimiento protector, y ese sentimiento siempre le había llevado al desastre.

Se acomodó en el asiento para aliviar la molestia en la espalda que le había quedado de las heridas que causaron su salida de la policía de Los Ángeles, cinco años antes. Puso la radio para que la música acallara los recuerdos de aquel doloroso periodo.

Estaba preocupándose en exceso. Aunque se sintiera protector, Iona era una mujer adulta, tal y como acababa de demostrar. Zane esbozó una sonrisa al recordar su rostro encendido cuando se había acercado a la pista de baile.

Apretó el acelerador hasta el fondo, ansioso por llegar a casa y demostrarse a sí mismo que lo que había entre ellos seguía siendo puramente superficial. Y lo demostraría porque no iba a acosarla como si fuera un animal en celo.

–Hola, preciosa. Ya hemos llegado. ¿Quieres que te lleve en brazos?

Iona movió la cabeza y aspiró el aire salado del mar.
–Mmm.
–Agárrate.
Iona abrió los ojos y se encontró en brazos de Zane. De fondo se oía el rumor de las olas.
–¿Dónde estamos?
–En mi casa.
–Pero yo… –empezó Iona, sin fuerzas para protestar.
–Pero nada. Estabas agotada y mi casa estaba más cerca.
Zane abrió la puerta y cruzó la casa a oscuras.
–Relájate –dijo, besándole la frente–. Hay cinco dormitorios, así que esta noche no voy a molestarte.
–Ah, vale –dijo Iona, desilusionada.
Pasaron por delante de una cocina y entraron en un salón de techos altos y una pared de cristal que se abría a una gran terraza.
–¿Vives al lado del mar? –preguntó ella.
–Sí, la playa está ahí mismo.
La sala era enorme y en ella dominaba un silencio total. Hasta que el ruido de unas garras arañando la puerta fue seguido de una bola de pelo que se lanzó hacia ellos.
–Hola C. D. –dijo Zane, dejando a Iona de pie–. Esta es Iona. Va a dormir aquí esta noche.
La perra movió la cola con tanto entusiasmo que le vibró todo el cuerpo.
–Encantada, Chocolate Derretido –dijo, agachándose para acariciarla. La perra se echó sobre la espalda, ofreciéndole la tripa.
–¡Menudo perro guardián! –exclamó Zane.
–¡No le hagas caso! –dijo Iona sin dejar de acariciarla–. Eres una perra muy simpática.
La perra contestó con un gemido de felicidad.
–Se acabó –dijo Zane, chasqueando los dedos. Y la perra se puso en pie–. A la cama, Choco.
Iona le dio una última palmada antes de que la perra volviera a su cama, en un rincón del salón.
–¿Esa es la perra que lo come todo? A mí me ha parecido muy buena.
Zane le tomó la mano y la llevó hacia una escalera de caracol.
–Veremos qué piensas cuando salte sobre tu cama en cuanto amanezca.
Iona lo siguió, intentando disimular la desilusión y decidida a no pedirle que durmiera con ella. Pero su resolución flaqueó en cuanto Zane abrió la puerta a una espaciosa habitación con una gigantesca cama y vistas al mar.
–Hay un cepillo de dientes sin estrenar en el baño –dijo, señalando

una puerta al fondo–. Y toallas.

Iona miró la cama vacía.

–¿Necesitas algo más? –preguntó Zane.

Iona tuvo que morderse la lengua para no decirle: «Sí, a ti».

–No, gracias –se oyó decir–. Hasta mañana.

–Suelo llevar a C. D. a dar un paseo, así que si no me encuentras cuando te levantes, estaré en la playa –dijo él, fijando la mirada en sus labios.

Iona se quedó paralizada delante de él. Zane alzó la mano y le acarició la mejilla. Ella inclinó la cabeza, apoyándose en su palma, y Zane, deslizando la mano hacia su nuca, susurró:

–Solo una cosa más –dijo.

E Iona entreabrió los labios automáticamente cuando la besó. Pero pronto, Zane alzó la cabeza, dejándola en suspenso.

–Que duermas bien, Iona –dijo con las pupilas dilatadas–. Mañana pienso mantenerte muy ocupada –concluyó. Y se fue con paso decidido.

–Supongo que estás bromeando, ¿no? –susurró ella, siguiéndolo con la mirada. ¿De verdad creía que iba ser capaz de dormir?

Zane cerró la puerta y resopló a la vez que miraba al cielo y esperaba a que se le desacelerara el pulso.

Se quitó la camisa y fue al cuarto de baño. Abrió la ducha y giró la temperatura a fría. Se quitó los zapatos y los pantalones y se metió bajo el chorro, apretando los dientes cuando el agua helada le mojó la espalda y luego el sexo endurecido. Apoyó las manos en la pared mientras esperaba a que la agonía fuera mitigándose.

A partir del día siguiente no pensaba seguir reprimiéndose. No estaba dispuesto a seguir pisando el freno. La cuestión era que Iona lo deseaba y él a ella. Punto final.

Iona abrió los ojos y los entornó de nuevo para protegerse del brillo del sol que inundaba la habitación. Bostezando, se incorporó y tardó unos segundos en orientarse.

La pared de cristal enmarcaba una espectacular vista de rocas, arena y mar, y los recuerdos del día anterior se fueron presentando poco a poco.

Resoplando suavemente, Iona salió de la cama y fue al cuarto de baño donde, mientras se duchaba, sonrió con la perspectiva de todo el sexo que los esperaba para compensar la abstinencia de aquella noche.

Cuando bajó y no encontró a Zane por ninguna parte, supuso que había llevado a C. D. a dar un paseo y fue en su busca.

El corazón le latió en la garganta cuando vio a una alta figura en la orilla con una bola saltarina a su lado. Se detuvo para saludar con la mano y respiró profundamente para calmarse mientras se acercaban.

Zane tenía el cabello alborotado y los pantalones salpicados de agua; C. D. la saludó plantándole las dos patas llenas de arena en el estómago, con tal fuerza que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

–Abajo, C. D. –ordenó Zane. Y la perra obedeció al instante–. Todavía estoy enseñándole buenas maneras –dijo Zane, a la vez que recogía de la arena un palo.

–No pasa nada –dijo Iona, riendo y sacudiéndose. ¿Era su imaginación o Zane sonaba crispado?

Este lanzó el palo hacia la orilla.

–A por ella, Choco.

C. D. ladró entusiasmada antes de salir corriendo hacia el agua.

–¡Qué valiente! –dijo Iona, riendo–. Debe de estar helada.

Observaron a la perra ladrar como loca mientras el palo se iba alejando fuera de su alcance.

–¿Has dormido bien? –preguntó Zane.

–Como un bebé –Zane bajó la mirada a sus labios y ella se ruborizó–. Espero que Choco no te haya despertado demasiado temprano.

–Antes de lo que hubiera querido –dijo él esbozando una sonrisa–. ¿Tienes hambre? Podemos hacer tortitas.

A Iona se le contrajo el estómago, aunque supo que no era por hambre de tortitas.

El perro volvió a la carrera y los caló al sacudirse el agua. Iona dio un salto hacia atrás y Zane, tras volver a tirar el palo que C. D. había dejado a sus pies, murmuró:

–A desayunar.

Pero ninguno de los dos se movió e Iona, al mirar a Zane, sintió un cosquilleó en los labios. Él se volvió y, al descubrirla mirándolo, el azul de sus ojos se intensificó.

–A no ser que quieras otra cosa –musitó, tan bajo que Iona apenas pudo oírlo por encima del rumor de las olas.

Entonces él le posó una mano en la mejilla y ella sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

–La verdad es que se me ocurre algo que no estaría mal…

Antes de que Iona acabara, él se inclinó y la besó apasionadamente, a la vez que la estrechaba contra sí. Ella se relajó en sus brazos y su cuerpo ardió en un deseo instantáneo.

Zane alzó la cabeza y con las pupilas dilatas susurró:

–¿Estás segura?

–Sí –dijo ella, sabiendo que era absurdo resistirse.

Él deslizó las manos a sus caderas y la apretó contra sí, dejándole sentir su erección. Ella notó sus entrañas derretirse y quemarla instantáneamente. Pero entonces Zane se separó de ella con gesto tenso.

–Eres consciente de que esto no va a ninguna parte, ¿verdad Iona?

Ella apoyó las manos en su pecho, sorprendida por el tono preocupado de Zane.

–Claro que lo sé.

Iona sintió una presión en el pecho que le hizo sentirse menos osada. ¿Se habría cansado Zane de ella? ¿Por eso habían dormido en cuartos separados?

La perra volvió y se tumbó, agotada por el ejercicio. Zane se agachó para acariciarla. El corazón de Iona se aceleró cuando finalmente se puso en pie y la miró.

–Si ya no estás interesado, Zane, basta con que lo digas –dijo. Y dio media vuelta.

Pero Zane la sujetó por el brazo.

–No tiene nada que ver con eso –dijo, pasándose la mano por el cabello con impaciencia–, sino con que no quiero que te sientas presionada o que te confundas con lo que estás pasando.

Zane la miraba fijamente, sin dejar de acariciar el cuello a la perra. Parecía más frustrado que contrito, pero su explicación consiguió calmarle el pulso a Iona.

–Lo entiendo perfectamente y no tengo ningún problema.

–El problema es que ayer no debía haberte besado, porque he pasado toda la noche con tal erección que me he puesto de mal humor.

Iona rio, liberada de su inseguridad por la admisión de Zane.

–Toda la noche, ¿eh? ¡Qué impresionante!

–Más doloroso que impresionante –dijo él, esbozando una sonrisa–. Sobre todo cuando un perro que pesa una tonelada se tira sobre ti al amanecer.

Iona se tapó la boca con la mano para contener la risa.

–Así que te hace gracia, ¿eh? –dijo él. E inclinándose hacia adelante, la tomó por la cintura y se la cargó al hombro.

–¡Bájame! –gritó Iona entre risas, pataleando.

–Ni hablar. Tenemos un asunto pendiente –dijo él, caminando hacia la casa.

–¿Y de quién es la culpa? –protestó ella, cuando ya llegaban al porche.

La perra saltaba y ladraba a su lado, participando del juego.

Zane entró, cerró la cristalera a su espalda para dejar a C. D. fuera y plantó a Iona en el suelo. Ella hizo ademán de huir, pero él la atrapó contra la pared, posando las manos a ambos lados de su cabeza antes

de besarla y acallar su gritito de sorpresa. Sus lenguas se entrelazaron en una danza apasionada. Zane le quitó la cazadora y le sujetó las manos a la espalda, atrayéndola hacia sí.

Ella dejó caer la cabeza atrás y jadeó al sentir los labios de Zane en el cuello.

–¡Sabes deliciosamente, Iona! –musitó él, acariciándola con su cálido aliento.

Ella tomó aire y al abrir los ojos se encontró con los de él clavados en ella.

–Quiero agradarte –susurró.

–Me alegro –dijo él con un tono de seguridad en sí mismo que hizo reír a Iona–, porque me tienes que compensar por la noche que he pasado.

–La culpa es tuya. Tú me besaste –dijo ella con fingida indignación.

–Pero tú no lo impediste –dijo él, subiéndole las manos por el costado hasta alcanzar la base de sus senos.

–Si es así –dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos–, estoy dispuesta a considerar una compensación, pero solo porque soy muy generosa –añadió.

Zane la tomó por la mano y salió al pasillo. Al pasar por la cocina, tomó la botella de caramelo que había sacado para las tortitas y continuó hacia la escalera.

Tenía que evitar presionarla o pedir demasiado. Estaba decidido a mantener aquella relación a un nivel divertido y superficial, y un juguete le serviría para recordarlo.

Abriendo la puerta trasera, dejó entrar a Choco y esta le dio las gracias con un ladrido, a la vez que se metía en su cama.

–¿Para qué quieres el caramelo? –preguntó Iona mientras subían la escalera.

–Espera y verás –dijo él, notando que las manos le temblaban en cuanto entraron en su dormitorio.

Cerró la puerta y corrió el pestillo para evitar que C. D. entrara, dejó el caramelo en la mesilla y fue hasta el ventanal para bajar el estor.

Iona estaba en medio de la habitación, respirando agitadamente. Aunque bajo la tenue luz sus facciones quedaban difusas, Zane no tuvo problemas en interpretar su gesto ansioso y expectante.

Sentándose en la cama y abriendo las piernas, atrajo a Iona hacia sí. Ella apoyó las manos en sus hombros y tomó la iniciativa, inclinándose para besarlo.

Su boca le supo dulce y exótica, una mezcla de azúcar y especias. Zane le pasó la lengua por los labios y, deslizando la mano por debajo del vestido, le asió las firmes nalgas. Luego siguió el trazo de encaje de la cintura de sus bragas y deslizó los dedos por debajo hasta alcanzar

el punto caliente y húmedo, más potente que cualquier afrodisiaco.

–¿Quieres que nos desnudemos? –preguntó él, decidido a que ella marcara el paso aunque una dolorosa erección le presionara la ingle.

–Claro –dijo ella con aquel sensual acento que lo enloquecía.

Zane le bajó la cremallera del vestido. Ella bajó los brazos y sacudió suavemente los hombros para dejarlo caer al suelo; pero cuando Zane fue a desabrocharle el sujetador, dijo:

–Te toca a ti.

–Tienes razón –dijo Zane. Y se quitó la sudadera precipitadamente.

Cuando se llevó la mano a la bragueta, Iona lo detuvo y preguntó:

–¿Te importa si lo hago yo?

Zane rio tenso.

–Encantado.

Iona tiró de la cremallera para abajo y Zane la oyó exclamar cuando su masiva erección se liberó. Él volvió a reír y ella, ruborizándose, lo tomó en su mano.

Zane contuvo el aliento, concentrándose en el suave contacto y en la pausada exploración de Iona.

–¿Quién dice que el tamaño no importa? –dijo ella, riendo. Y Zane temió perder el conocimiento cuando la última gota de sangre de su cerebro se concentró en su sexo.

«Concéntrate, o no vas a poder ni empezar».

Sujetó a Iona por los hombros para detenerla. Tenía que retomar el control o Iona notaría hasta qué punto lo afectaba. Ella bajó la mano y lo miró a los ojos.

–¿Estás bien? –preguntó con la dulzura que la caracterizaba.

–Me toca a mí –dijo él con voz ronca.

Y haciendo que se volviera, le quitó el sujetador y le cubrió los senos desde detrás. Sus pezones se proyectaron contra sus manos a la vez que él acomodaba su sexo entre sus nalgas. Ella se arqueó contra sus manos y él deslizó una de ellas hacia su estómago y, por debajo de las bragas, alcanzó los carnosos labios de su sexo y el centro de su sensibilidad.

¿Cómo podía desearla con tanta intensidad una vez más? Tanto, que se sentía torpe e inexperto, como si fuera su primera vez.

Iona buscó con las manos sus muslos para asirse a ellos y mantener el equilibrio, a la vez que acompañaba con suaves gemidos las caricias de Zane, que la iban acercando al orgasmo mientras él tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no adelantarse. Zane ocultó el rostro en el cabello de Iona y le rodeó la cintura con un brazo mientras con la otra mano seguía acariciándola, imparable. Hasta que el cuerpo de Iona se estremeció violentamente, alcanzando el orgasmo entre profundos gemidos.

El perfume de su clímax envolvió a Zane que, tomándola en brazos,

la echó sobre la cama.

–Gracias. Eres todo un experto –dijo ella con expresión aturdida. Luego dirigió la mirada hacia la mesilla y con una pícara sonrisa, añadió–: ¿Vamos a usar el caramelo ahora?

–Sí –dijo. Y abriéndola, dejó caer un poco en los pezones de Iona y, dejando la botella, se inclinó para lamer y succionar el sirope.

Iona se revolvió y sacudió, atravesada por descargas que la irradiaban desde los pezones a cada rincón de su cuerpo, concentrándose en su pulsante sexo. Alzó las caderas y, con las mejillas encendidas, gimió:

–Por favor, Zane, te necesito dentro de mí.

Él la miró con expresión cargada de deseo, se incorporó y, sacando un condón de la mesilla, se lo puso.

Después, le dobló las piernas y se las abrió para penetrarla con un devastador empuje. Sentirle tan plenamente en su interior tomó a Iona de sorpresa, que se aferró a sus hombros. Él comenzó a moverse lentamente, intensificando y elevando el placer hasta que Iona entornó los ojos ante la fuerza de la hoguera que le quemaba el pecho y le recorría la piel, convirtiendo todo su cuerpo en pura sensación.

–Mírame –dijo él con voz ronca.

Iona abrió los ojos y vio algo fiero e intenso en los brillantes ojos de Zane. Él continuó acelerando el ritmo, incrementando el roce en su interior. Luego llevó los dedos al núcleo de su sexo.

–Vamos, explota de nuevo –dijo entre dientes.

Y la ola de un nuevo orgasmo embistió a Iona, cuyos gemidos se sincronizaron con los de Zane al alcanzarlo simultáneamente.

Cuando Iona empezó a recuperar la conciencia, Zane yacía laxo sobre ella, sus respiraciones entrecortadas se mezclaban.

«No fantasees. Solo es sexo, solo sexo», se dijo ella. Pero aun así, no pudo evitar una deliciosa sensación de bienestar al tiempo que le acariciaba la musculosa espalda a Zane y este dejaba escapar un gruñido de placer. Al llegar a un punto en el que sus dedos encontraron dos cicatrices en la cadera de Zane, Iona preguntó:

–¿Qué es esto?

Zane rodó sobre el costado e, incorporándose sobre el codo, se inclinó hacia ella.

–¡Ha sido increíble! –musitó, besándole la punta de la nariz.

Ella decidió esperar a otra ocasión para que Zane le respondiera. Zane le posó una mano en el vientre y comenzó a dibujar círculos. Ella reptó hacia el borde de la cama y, riendo, dijo:

–No empieces otra vez –y rescató su vestido del suelo.

–¿Por qué no?

–Porque tengo que darme una ducha y desayunar –dijo con mirada provocativa–. Una mujer no puede vivir solo de sexo, ¿sabes?

–Tienes razón –dijo él. Y levantándose, se puso los calzoncillos mientras Iona admiraba su espectacular cuerpo. Al inclinarse, la luz iluminó los dos puntos que ella había palpado y súbitamente creyó adivinar su origen.

–¿Quién te disparó?

–¡Perdona? –preguntó él, incorporándose.

–En la espalda, ¿no son disparos?

–¿De verdad quieres saberlo? –preguntó él.

–Sí –dijo ella, a pesar de que la mirada de Zane se veló.

Él suspiró, pero en lugar de buscar una excusa, comenzó:

–Seguíamos a un traficante que estaba en contacto con un gran narco. Cuando apareció, iba acompañado de una chica que no debía tener más de trece años… –Zane hizo una pausa y su expresión turbada conmovió a Iona–. Rompí el dispositivo y salí herido. Por mi culpa, no detuvimos al traficante.

–Pero la protegiste –susurró Iona.

–Era una niña –dijo él con la mirada perdida. No podía quedarme de brazos cruzados.

Claro que no. Zane era demasiado íntegro como para no actuar.

–Hiciste lo que debías –dijo Iona, conmovida.

–Mi jefe no pensó lo mismo –dijo Zane con una áspera risa–. Me suspendieron de servicio y dejé la policía a los dos meses.

–Pero hiciste lo que debías –insistió ella.

–Puede que sí –contestó Zane, encogiéndose de hombros. Luego fue hacia ella y, posándole la mano en la espalda, añadió–: Duchémonos juntos.

Iona se soltó de él. Estaba tan conmovida que pensó que aquella intimidad sería demasiado arriesgada.

–No, señor –dijo con coquetería–. Si nos duchamos juntos, no desayunaremos hasta el mediodía.

–No conozco ninguna mujer que coma como tú.

–¿Te molesta? –preguntó Iona, aunque por la mirada de admiración de Zane, era evidente que no.

–En absoluto. Una de las cosas que más me gusta de ti es tu apetito –dijo él. Pero Iona sospechó que no se refería solo a la comida. Luego Zane se levantó con un suspiro de resignación y dijo–: Está bien, me ducharé en el cuarto de invitados y te haré el desayuno. Pero te advierto que a cambio espero todo tipo de favores sexuales.

Inspirada por la mirada maliciosa de Zane, Iona tomó la botella de caramelo y bromeó:

–Mucho cuidado, Montoya, ahora tengo yo las armas –Zane gimió al verla abrir el bote y lamer las gotas que se deslizaban desde la tapa. Iona añadió–: Y estoy decidida a usarlas.

Y salió corriendo hacia el cuarto de baño, seguida de los gruñidos

de frustración de Zane.

Cuando cerró la puerta con el corazón palpitante, tuvo que decirse que no tenía de qué preocuparse. Que a pesar del placer que le producía descubrir al Zane que se ocultaba tras una fachada, y encontrar al fascinante y complejo hombre que era, su relación seguía moviéndose en un terreno superficial.

¿Y si para seguir desvelando el misterio tenía que hacerle pervertidos favores sexuales?

Iona rio, y percibió en su propia risa una seguridad que no había sentido nunca antes.

«Bueno, si es inevitable, tendré que ser yo quien haga el trabajo sucio».

Capítulo Siete

–Tranquila, chica, ya falta poco para que venga –le dijo Iona a C. D.

Parecía increíble que su romance durara ya casi un mes. Los días pasaban a toda velocidad en una nebulosa de trabajo y sexo tórrido, que se había intensificado desde que ella se mudó a casa de Zane, hacía una semana.

En un principio había tenido sus dudas de aceptar la invitación, pero Zane consiguió convencerla de que sus reticencias eran absurdas. Eran dos adultos que tenían claro lo que había entre ellos y no tenía sentido que buscara otra casa cuando él estaba encantado de que se quedara en la suya. Finalmente, Iona accedió, diciéndose que en cuanto reuniera el dinero suficiente, reservaría un billete de vuelta a Escocia.

Añadió un poco de ocre al retrato que le había encargado uno de los clientes de Zane, por fin había conseguido dar salida a su arte. Había salido finalmente de la crisis económica gracias a una vecina de Pacific Grove, la señora Mendoza, cuando le pidió que le pintara un retrato de su Jack Russell, Zapata. El gato del señor Spencer, Figaro, era su décimo encargo. Y la casa de Zane era el perfecto lugar en el que pintar. Además, pensó para sí con una sonrisa, de tener otras ventajas evidentes.

Aquella mañana, Zane se había sorprendido tanto cuando ella se había unido a él en la ducha, que se le había caído el jabón. La forma en que reaccionaba a ella físicamente no dejaba de admirarla. Oír sus gemidos al arrodillarse ante él y cerrar su boca en torno a su miembro en erección le había proporcionado la prueba de que tenía la habilidad de hacer temblar a un hombre.

Adoraba la forma en que respondía a sus caricias y juegos. Encontrar los resortes que lo activaban, descubrir sus límites e intentar arrastrarlo hacia ellos se había convertido en una adicción tan fuerte como la que le había causado todo lo que él le hacía.

Iona dejó el pincel en el aguarrás y se desperezó a la vez que miraba con actitud crítica el retrato. Luego aclaró los pinceles y recogió el material, dando el trabajo por terminado, y fue hacia la cocina, con C. D. pisándole los talones.

Iona había preparado una lasaña.Tras ponerle agua y comida a C. D., sacó los ingredientes para una ensalada, asombrada de lo pronto que había entrado en la rutina de vivir en aquella casa.

Miró el reloj de pared. Eran las seis de la tarde. Cuando Zane

llegara, en una hora, irían a dar un paseo con C. D. antes de la cena, o quizá irían a la cama antes de cenar.

Además del sexo, en la última semana, Iona había descubierto muchas cosas de Zane. Aunque se mostraba reacio a hablar de sí mismo, se había relajado lo bastante como para contarle algunas cosas, sobre todo relacionadas con trabajo.

Estaba secándose las manos con un paño cuando llamaron al timbre, y fue a abrir con la piel de gallina, pensado que Zane había adelantado su vuelta. Pero su alegría se apagó cuando, a través del pavés que enmarcaba la puerta, vio que no era él. Entonces, un sobre blanco apareció en la ranura del correo.

Iona aceleró y abrió la puerta a la vez que sujetaba a C. D. para que no saliera corriendo detrás de la mujer que ya volvía hacia un coche rojo, con un niño en brazos.

–Hola, ¿puedo ayudarte en algo? –dijo Iona, elevando la voz.

Su decepción se transformó en curiosidad cuando levantó el sobre y vio que tenía escrito el nombre de Zane.

La mujer se volvió bruscamente.

–Hola, pensaba que no había nadie.

Al verla acercarse, Iona sintió una punzada de envidia al ver lo alta y esbelta que era. Con una perfecta melena rubia, unos marcados pómulos y espectaculares ojos verdes, parecía una modelo. Un sencillo vestido de flores y una cazadora vaquera le daban un encantador aire bohemio. El niño, que Iona calculó debía tener un año, tenía el cabello oscuro y rizado, y la misma piel de seda que su madre.

–Siento molestarte, ¿eres la asistenta de Zane? –preguntó la desconocida, sin dejar de sonreír.

Iona la miró, desconcertada. Era difícil explicar quién era.

El niño asió un mechón de cabello de su madre y miró a Iona fijamente. Al tiempo que su madre reía y liberaba su cabello, Iona observó al niño y, asombrada, vio que tenía los ojos azules, y el mismo círculo oscuro alrededor del iris que Zane.

–No exactamente –balbució–. Me llamo Iona MacCabe y estoy medio instalada aquí.

La mujer pareció sorprendida, pero se recuperó inmediatamente. Si era una de las amantes de Zane, no pareció especialmente molesta por las circunstancias.

–Eres escocesa –comentó sin dejar de sonreír.

–Y tú inglesa –dijo Iona, que en ese momento notó el acento de su interlocutora.

–¡Qué gracia! Soy Tess Tremaine –le tendió la mano–. ¡No, Tess Graystone! ¿Puedes creer que llevamos meses casados y todavía no me acostumbro a mi nuevo apellido?

Estrechó la mano de Iona enérgicamente mientras el niño

continuaba mirando a Iona fijamente.
–Nate dice que es porque estoy planeando huir con el encargado, Manolito –Tess puso los ojos en blanco–. ¡El pobre hombre tiene al menos setenta años!
Su risa se le contagió a Iona, que la encontró encantadora.
–Estoy muy agradecida a tu marido –dijo–. He estado alojada en su casa de Pacific Grove hasta hace una semana.
–¡Eras tú! –los ojos de Tess se iluminaron con una mezcla de alegría y curiosidad–. ¿Y ahora te has medio instalado con Zane?
Iona asintió, aunque no sabía muy bien por qué la noticia era recibida con tanto entusiasmo.
–¡Qué interesante! –dijo Tess, cambiándose al niño de cadera–. Me temo que vas a tener que invitarme a un té para que pueda interrogarte. Solo he conocido a dos parejas de Zane, y te aseguro que las dos resultaban terriblemente aburridas comparadas contigo –concluyó, indicando la camiseta manchada de pintura, los viejos vaqueros y los pies descalzos de Iona.
Esta rio, conquistada por la simpatía de la mujer y muerta de curiosidad a su vez por averiguar algo más de ella.
–Adelante –dijo, dándole paso. Pero al mirar de nuevo al niño, no pudo evitar añadir–: Siempre que me permitas interrogarte sobre Zane.
–Me parece justo –dijo Tess sin titubear–. Aunque no sé si puedo servirte de algo. Aunque Zane y Nate han sido siempre amigos, me temo que desde que Brandon nació, se han distanciado. Precisamente por eso he venido –lanzó una mirada al sobre que Iona todavía tenía en la mano–. Espero que venga al bautizo. De hecho, pretendo hacerle sentir culpable para que se vea obligado a venir.
Iona dejó el sobre en la encimera y puso agua a hervir. Así que, efectivamente, Brandon era hijo de Zane.
El nudo que se le formó en el estómago no tenía justificación, así que decidió ignorarlo. Ella estaba solo de paso, mientras que Tess era la madre de su hijo. No tenía derecho a sentirse ni traicionada ni dolida. Pero al sacar dos tazas, creyó encontrar una razón para sentirse irritada. ¿Por qué no le habría hablado del niño? ¿No lo merecía aunque solo fuera su amante?
–¿Estás bien? –preguntó Tess, tocándole el brazo–. Has palidecido.
–Sí, yo… –Iona se volvió hacia ella y decidió decir la verdad–. Pareces extremadamente razonable, Tess, y no sé qué circunstancias dieron lugar al nacimiento del niño, pero Zane nunca me ha hablado de Brandon. Y te aseguro que, si no va a ver a su hijo, no es porque yo se lo impida.
Tess enarcó las cejas, atónita, antes de estallar en una carcajada.
–¡Brandon no es hijo de Zane! –explicó finalmente–. Es el hijo de

Nate.

Iona observó de nuevo al niño.

–Pero si tiene los mismos…

–El azul de los ojos y el círculo oscuro son una característica genética –interrumpió Tess, intuyendo lo que Iona iba a señalar–. Se trata de una anomalía genética de la rama masculina de los Graystone.

Iona se quedó perpleja. Con una sola frase, había obtenido más información del padre de Zane que en un mes.

–Perrito –balbució el niño, gesticulando con entusiasmo hacia C. D.

–¿Por qué no le das a Chocolate Derretido un abrazo? –dijo Tess, dejando al niño en el suelo y llevándolo de la mano hasta la cesta de la perra.

Así que el pinche gringo era también padre de Nate, el mejor amigo de Zane. Y Tess era una mujer agradable y simpática, que parecía dispuesta a proporcionarle la información que quisiera.

Iona apagó el fuego y preguntó:

–¿Cuánto rato tienes, Tess?

Tess rio y miró el reloj.

–Soy toda tuya por media hora.

Tener a Tess como fuente de información era una tentación difícilmente rechazable.

–¡Pero es ridículo! –comentó Iona, mojando en el té la segunda galleta–. ¿Cómo pueden ser amigos y hermanos y no hablar de ello?

–Es más que ridículo –dijo Tess, que tenía a su hijo sentado en el regazo, convirtiendo su galleta en una masa pastosa–. Sobre todo ahora que tenemos a Brandon. Zane es su tío, pero no nos está permitido decirlo –se encogió de hombros con gesto de desesperación–. Yo solo sé que hablaron de ello cuando eran pequeños y que como consecuencia de lo que pasó, Nate se niega a volver a mencionarlo hasta que Zane lo haga. Y como este jamás ha vuelto a hablar de ello… De hecho, tengo la sospecha de que por eso mismo apenas lo vemos desde que nació Brandon. ¿Entiendes a lo que me refiero cuando digo que son unos testarudos?

–¿Qué pasó cuando eran pequeños?

–Nate nunca me lo ha contado porque yo creo que todavía le duele. Cuando Zane fue a vivir con su abuelo a San Revelle se convirtió en su héroe –explicó Tess, refiriéndose al castillo que el bisabuelo de Nate había construido en Half-Moon Bay, en el que ella y Nate vivían en el presente–. María trabajaba de ama de llaves en la casa y Zane y ella vivían en la propiedad, así que Nate pasaba todo su tiempo libre con ellos. Solo años después supo que María había ido a trabajar allí después de que sus padres la despidieran.

Por quedarse embarazada del padre de Nate, dedujo Iona, indignada por lo que Tess le había contado sobre el pasado de María y el comportamiento del hombre que había seducido a su empleada adolescente para echarla de casa cuando se quedó embarazada. Por lo que parecía, la opinión de Juana sobre Harrison Graystone no estaba desencaminada.

Los Glamurosos Graystone, tal y como la prensa rosa se refería a los padres de Nate, se habían matado en un accidente aéreo hacía diez años, pero casi nadie había lamentado su pérdida. Ni siquiera Nate, que se había distanciado de ellos muchos años atrás.

Iona pensó que era extremadamente triste que el comportamiento indigno de Harrison Graystone hubiera terminado por destruir la amistad que había entre sus dos hijos.

Tess suspiró a la vez que le limpiaba la boca a Brandon.

–Solo sé que cuando Nate descubrió la verdad sobre Zane se volvió loco de alegría. Siempre había querido una familia y consideraba a María una especie de madre adoptiva. Así que, naturalmente, fue corriendo a contárselo a Zane, sin imaginar cómo reaccionaría… –Tess fue bajando la voz como si le resultara doloroso recordar lo que le habían contado–. ¡El pobre solo tenía doce años!

–¿Qué pasó?

–Zane se enfureció –dijo Tess con tristeza–. Empezó a pegar a Nate hasta que María los separó.

Iona dejó escapar una exclamación ahogada, imaginando tanto el desconcierto de Nate como el sufrimiento de Zane.

El Zane que conocía se esforzaba por mantener sus emociones bajo control. Y por primera vez se preguntó si la causa era la necesidad de ocultar un profundo dolor, y no el deseo de llevar siempre las riendas, tal y como había creído hasta ese instante.

–¿Crees que Zane reaccionó así porque para él fue un shock?

–Yo creo que es más complicado que eso –dijo Tess, sacudiendo la cabeza–. Nate está convencido de que Zane ya sabía quién era su padre. Por eso mismo se niega a volver a mencionar el tema. Para él, Zane rechazó la conexión que había entre ellos de una manera tajante, así que adoptó el Código Masculino para salvar su amistad.

–¿El Código Masculino?

–Actuar como si no hubiera pasado nada –dijo Tess, poniéndose en pie y colocándose a Brandon, que empezaba a impacientarse, en la cadera–. Y por más que le digo que esa no es manera de resolverlo, Nate no da su brazo a torcer.

–¿Y piensas que puedes persuadir a Zane si consigues que vaya al bautizo? –preguntó Iona, dándose cuenta de las intenciones de Tess.

–Así es. Elegimos el nombre de Brandon porque es el segundo nombre de Zane –Tess se sentó de nuevo–. ¿Crees que es una locura?

Comparado con Zane, Nate es un amateur evitando temas –resopló–. Pero es que estoy desesperada. Cada vez que lo vemos, tengo la sensación de que hay un elefante en la habitación que ninguno de los dos quiere ver, pero con el que yo me tropiezo todo el rato. Quiero saber por qué no pueden ser hermanos igual que son amigos. Y creo que Nate se hace la misma pregunta, aunque no la exprese. Pero hay algo peor, Nate le pidió a Zane la semana pasada que fuera el padrino de Bran, y se negó en rotundo. Sospecho que incluso discutieron pero, para variar, Nate no ha querido hablar de ello.

–¿Cuándo es el bautizo? –preguntó Iona, aunque se dijo que no debía entrometerse.

Tess le caía bien, y podía comprender perfectamente su frustración. Pero lo más importante era que sentía lástima de Zane y de su empeño en aislarse, no ya de Nate y de su sobrino, sino también de su madre y de su familia.

Oír a Tess hablar de cómo había reaccionado al darle Nate la noticia le había recordado a Iona la actitud distante con la que había actuado con la familia de María en la quinceañera. Daba la sensación de que cuanto más se esforzaba la gente por acercarse a él, más se empeñaba él en alejarse. ¿Por qué le resultaba tan difícil sentirse próximo a los demás?

Zane necesitaba afecto, y ella lo sabía porque en la escasas ocasiones en las que, mientras hacían el amor, bajaba las defensas, había podido atisbar que necesitaba más que nada aquello que tanto se esforzaba en ocultar.

Quizá era arrogante por su parte, pero Iona pensó que quería ayudarle en la medida de sus posibilidades. Después de todo, también él la había ayudado a ella.

–El bautizo es el jueves que viene –dijo Tess–. ¿Crees que puedes conseguir que venga? –preguntó, esperanzada.

–Le daré la invitación –Iona tomó el sobre–, y me aseguraré de que la lea. Me temo que no puedo prometerte nada más.

No creía que pudiera persuadir a Zane, pero al menos lo intentaría.

–Muchas gracias, Iona. No sabes cuánto te lo agradezco.

–¿Quieres darme tu teléfono para que pueda avisarte si tengo suerte?

–Claro –Tess sacó su móvil e intercambiaron números–. Y ahora tienes que contarme algo más sobre Zane y tú.

–En realidad, no hay nada que contar. Lo nuestro es solo… temporal –dijo Iona, aunque las palabras le pesaron en la boca–. No es nada serio. Por eso no debes contar demasiado con que consiga convencerle.

Tess parpadeó.

–Iona, sé que estoy siendo indiscreta, y apenas te conozco, pero ¿te

ha mencionado Zane sus Reglas de Oro?

–No.

Tess dejó a Brandon en el suelo y lo miró gatear hacia C. D. antes de volverse de nuevo hacia Iona.

–Que conste que solo lo sé por Nate y que casi tuve que torturarlo para que me lo contara, una vez que le dije lo raro que era que ninguna mujer hubiera conquistado a Zane. Ya sabes a qué me refiero: es guapo, seductor y ridículamente sexy. Solo le falta llevar un cartel diciendo: «Puedo provocarte el mayor orgasmo de tu vida».

Iona rio al tiempo que se ruborizaba hasta la raíz del cabello.

–¿Ves? –continuó Tess–. Estaba segura de que era espectacular en la cama.

Iona tosió y rio simultáneamente, totalmente abochornada.

–¡Qué envidia! –dijo Tess, riendo–. ¿Tienes idea de lo que le hace un bebé a tu vida sexual? Últimamente Nate y yo prácticamente tenemos que hacer una cita para alcanzar un orgasmo.

Iona estalló en una carcajada.

–¿Y cuáles son las Reglas de Oro de Zane? –preguntó.

–Espera que recuerde. La primera es que no se acuesta con una mujer la primera vez que sale con ella porque no quiere parecer necesitado. Por tu cara, sospecho que rompió esa regla. Zane siempre dedica a sus ligues el Discurso antes de acostarse con ellas.

–¿Qué Discurso?

–Les advierte que es algo superficial y estrictamente temporal.

–Bueno, sí, me dijo algo por el estilo.

–¿Solo algo así? –preguntó Tess con expresión risueña–. No parece que esté poniendo un especial empeño en cumplir sus Reglas de Oro –miró a Brandon para asegurarse de que no torturaba a C. D.–. Y más, teniendo en cuenta que las dos últimas ya se las ha saltado.

–¿Cuáles son?

Tess las enumeró a la vez que las marcaba con los dedos.

–No presenta a sus ligues a su familia. Y contigo ha ido a la fiesta de su prima… Y todavía queda la más importante: jamás deja que ninguna mujer se instale aquí. Jamás.

–¿De verdad?

Tess sacudió la cabeza.

–Si no recuerdo mal, le contó a Nate que hace tiempo que no deja que nadie se quede en su casa más de una noche. Y sin embargo, aquí estás tú –Tess olfateó el aire–, cocinando deliciosas cenas, trabajando en tu arte, haciéndote amiga de la adorada perra de Zane. Puede que pienses que es solo temporal, pero las pruebas indican lo contrario.

Iona sintió que el corazón le daba un vuelco.

–Lo que me lleva a la siguiente pregunta –Tess se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Iona–. ¿Qué te hace pensar que no puede

llegar a ser una relación seria?

Iona abrió la boca para explicar todas las razones que apenas hacía un mes habrían resultado perfectamente lógicas: que tenía una vida en Escocia, que el acuerdo que tenía con Zane era el de mantener su relación a un nivel superficial… Pero ya no le sonaba sincero.

–Hay distintas razones… –balbució. Tess enarcó las cejas.

–No lo dudo, pero ¿no las hay también para pensar que tenéis posibilidades? Zane es un hombre fascinante, complejo y atractivo, y tú pareces ser la única mujer que ha roto sus barreras. Claro que si no lo pasas bien con él…

–Lo paso maravillosamente –se apresuró a decir Iona. Y por cómo la miró Tess supo al instante que había dejado entrever más de lo que habría querido.

Un gran ruido les hizo volverse y vieron a Brandon en el suelo con una mueca de dolor. Tess lo levantó en brazos antes de que estallara en llanto.

–Bran, vamos, no te has hecho daño –dijo, acomodándoselo en la cadera–. Será mejor que me vaya.

Tras recoger su bolso, Tess concluyó:

–Ha sido un placer conocerte, Iona. Espero verte pronto.

–Haré lo posible para que Zane vaya al bautizo –dijo Iona, acompañándola a la puerta.

–Con que consigas que se lo piense, te estaré eternamente agradecida –dijo Tess, apretándole una mano afectuosamente–. Pero, ¿podrías hacerme un favor aún mayor?

–¿Cuál?

–No te vayas a Escocia demasiado pronto. A pesar de sus defectos, Zane es un hombre maravilloso y se merece a alguien especial en su vida.

Miró el reloj. Zane volvería pronto. ¿Y si Tess tenía razón? En el fondo ella ya sabía que su relación no era tan superficial como decía, o ya se habría marchado a Escocia. Pero ¿y si tampoco lo era para Zane? ¿Tenía ella el valor de comprobarlo, de arriesgarse a que la rechazara?

–Fantástico. Mantengamos una videoconferencia con tu contacto en Ocean Beach; luego podemos entregar las pruebas a la policía de San Diego –Zane terminó la llamada con su detective.

Estaban a punto de detener a un estafador, pero no notaba el entusiasmo que solía acompañar al final de un caso. Quizá porque cada vez hacía el trabajo más distraído y echando de menos permanentemente a Iona.

Desde que se había mudado a su casa, dejarla por la mañana era

una tortura porque era consciente de que el tiempo que les quedaba juntos se les escapaba entre los dedos. El último mes había pasado a toda velocidad; y Zane sabía que se aproximaba el día en que Iona se subiría a un avión y se marcharía.

Se puso en pie y fue a guardar en el maletín los documentos que debía revisar aquella tarde, aunque estaba seguro de que ni siquiera los sacaría de la carpeta.

No tenía sentido estar tan angustiado porque Iona fuera a marcharse, cuando se había sido el plan desde el primer momento. Afortunadamente, aquella necesidad de tenerla cerca iría remitiendo, o eso esperaba.

Cuando ya llegaba al aparcamiento, le vibró el teléfono. Al ver que era su madre, ignoró la llamada y subió al coche. Apenas había charlado con ella desde la quinceañera. Su madre siempre intentaba hablar de su padre y, durante años, Zane había podido evitar el tema sin ningún problema. Pero durante la última semana, desde el momento en que había rechazado la invitación de Nate a ser padrino de Brandon, cada vez se le resultaba más difícil.

Evitar era su lema siempre que se trataba de hablar de su padre, de Nate y de su hijo Bran, porque la alternativa era insoportable; y no podía arriesgarse a tener un nuevo enfrentamiento con él.

Le bastaba recordar la mañana de hacía catorce años para sentir el contacto de sus nudillos en la cara de Nate, su piel y su sangre, su camiseta ensangrentada y sus gemidos de dolor… Hasta que los gritos de su madre habían atravesado su ira.

La vergüenza lo golpeó con fuerza al recordar la desilusión de Nate la semana anterior. Aunque su tristeza era evidente, no había pedido explicaciones, y Zane no había tenido el valor de decirle por qué no podía ser el padrino de Brandon.

Porque Bran le fascinaba. Todavía se acordaba de la emoción con la que había entrado en la maternidad y había visto a Nate con aquella criatura en brazos. Pero ver crecer a Bran le había hecho recordar el soterrado odio que había marcado cada día de su adolescencia y que tanto se esforzaba por reprimir como adulto.

Brandon era otro niño con los ojos de los Graystone, y eso significaba que Zane no soportaba pasar demasiado tiempo con él.

Su madre no sabría nunca todo lo que él sabía de su padre, Harrison Graystone. Y él no se lo diría porque ya había sufrido suficiente. Así que hasta que ella no se olvidara de hablar con él sobre Nate, Bran y su padre, tendría que seguir evitándola.

Puso el aire acondicionado y aceleró, porque solo había una cosa que podía aliviar su malestar: Iona.

Al oír la puerta y el murmullo de la voz de Zane, el corazón se le aceleró, y en cuanto lo vio entrar en la cocina, se quedó sin aliento, tal y como le pasaba cada vez que llegaba. Sin embargo, también percibió su expresión cansada y las marcas oscuras bajo sus ojos.

–¿Qué pasa? –preguntó Iona al ver que en lugar de acariciar a C. D. cuando esta saltó a saludarlo, la ahuyentó de malas maneras.

Zane la tomó por la muñeca y la atrajo hacia sí.

–Nada que no puedas arreglar tú –dijo. Y la abrazó con fuerza.

Iona sintió su sexo endurecido contra el vientre y aspiró el aroma de Zane. El sexo era fácil, sencillo. Y le ayudaría a olvidar la tensión que se le había acumulado en el estómago.

–La cena huele maravillosamente –dijo él, tomándole el rostro entre las manos–, pero ahora mismo no quiero comida. Te quiero a ti.

–Entonces estás de suerte –dijo ella, prefiriendo entregarse a la inconsciencia del sexo que preguntarse lo que sentía por él–. Porque la cena se puede recalentar.

El rumor de la risa de Zane reverberó en Iona. Y cuando él la besó, su sabor, su aroma y su tacto le hicieron olvidar todo lo demás.

Zane exploró su boca a la vez que le asía las nalgas con fuerza y maldecía entre dientes cuando tuvo que pelear con el botón de sus pantalones antes de conseguir soltarlo. Luego metió la mano y presionó su sexo por encima de las bragas.

–Espera, Zane –ella puso su mano sobre la de él para detener su exploración.

–¿Por qué? –preguntó él–. Estás totalmente húmeda.

–Lo sé, es que… –Iona miró a su alrededor, buscando una excusa que le diera tiempo de recuperarse de la vulnerabilidad que sentía–. Deberíamos ir arriba. Aquí está C. D.

–Es un perro, no un niño –dijo él con aspereza. Pero retiró la mano, y chasqueando los dedos, añadió–: C. D., fuera.

La perra obedeció y Zane cerró la puerta tras ella.

–¿Mejor así?

–Sí, pero…

Antes de que continuara, Zane alzó a Iona en el aire y la subió a la encimera. Le quitó los pantalones y las bragas y los tiró al suelo. Iona apoyó las manos cuando él le colocó las piernas sobre sus hombros y la obligó a inclinarse, para exponerla totalmente a él.

Entonces Zane se inclinó y la acarició con la lengua, primero suavemente, luego con fuerza, hasta que ella comenzó a gemir de placer. Iona intento contenerse, pero el frenético orgasmo la sacudió violentamente. Zane alzó la cabeza. Sus ojos color zafiro la observaron mientras liberaba su sexo y, a la vez que ella se asía a su cuello y probaba en sus labios su propio sabor, la penetró con fuerza, profundamente.

La súbita invasión, tan completa, tan brusca, no sorprendió tanto a Iona como la rapidez con la que volvió su excitación a medida que Zane se mecía en su interior. Clavando los dedos en sus caderas, Zane la arrastró de nuevo al límite con sus embates. Hasta que el orgasmo volvió a sacudirla en una sucesión de oleadas de una intensidad creciente que acabaron en un gemido prolongado y convulso.

Zane gritó acompañándola, con la frente empapada en sudor y el rostro oculto en el cuello de Iona a la vez que se vaciaba en ella.

Con manos temblorosas, Iona le acarició la cabeza y el cuello. El corazón le latía con tanta fuerza que lo sentía golpear contra sus costillas.

Se sentía como si acabara de sobrevivir a una explosión nuclear. Gimió cuando Zane salió de ella, aún firme y, reajustándose los pantalones, se alejó, dejándola exánime y temblorosa.

Iona pudo sentir los restos pegajosos del semen de Zane cuando bajó y, manteniéndose sobre las piernas temblorosas, se vistió.

Zane miraba por la ventana, en actitud tensa, las manos apoyadas en el fregadero y la cabeza agachada.

–Lo siento –susurró con la voz teñida de una emoción que Iona no supo interpretar.

Alzó la cabeza cuando ella se acercó, pero no la miró.

–No soy mejor que él –musitó con voz apenas audible.

–¿Por qué te disculpas? –preguntó Iona.

Zane se pasó la mano por el cabello y la miró.

–Me he comportado como un animal. Ni siquiera he parado para ponerme un condón.

–Te habría pedido que pararas si así lo hubiera querido –dijo ella, sin comprender por qué Zane se avergonzaba de su comportamiento.

–¿Por qué crees que te habría hecho caso?

–Porque te conozco –dijo ella, sorprendida por la pregunta–. Y sé que nunca harías algo así.

–Eso solo demuestra que no me conoces –dijo él, sacudiendo la cabeza.

Iona posó la mano en su espalda y lo notó tensarse.

–Zane, ¿de qué estás hablando? Ha sido sexo consentido por ambos, y que los dos hemos disfrutado –dijo ella, masajeándole la espalda para intentar relajarlo–. No tienes por qué disculparte.

Zane dejó escapar una risa seca.

–¿A quién te referías cuando has dicho que no eras mejor que él? –preguntó Iona.

Zane la miró con una expresión tan triste que se le encogió el corazón.

–A mi padre. Violó a mi madre –dijo él, irguiéndose y metiendo las manos en los bolsillos–. Así fui concebido.

A la perplejidad de Iona le siguió la compasión por el controlado tono de indiferencia de Zane.

–¿Cómo lo sabes, te lo ha dicho tu madre?

Zane miró a Iona fijamente con expresión ausente. Luego frunció el ceño y contestó:

–Claro que no. Nunca he hablado con ella de él. Solo podría hacerle daño.

Iona lo dudaba. La María Montoya que había conocido amaba a su hijo, y dudaba que quisiera que sufriera como lo hacía en aquel momento.

–Entonces, ¿cómo sabes que fue una violación?

–Porque los vi juntos en la casa en la que vivíamos, cuando yo tenía doce años –dijo él con renovada amargura–. Y lo intentó de nuevo.

–¡Dios mío! –musitó Iona, imaginando el horror por el que habían pasado madre e hijo–. Zane, lo siento mucho –añadió, acariciándole el brazo.

–Tranquila. Solo lo intentó. Lo vi por la ventana, sujetándola. Al principio pensé que estaba besándola –Zane miró a Iona y el dolor que esta vio en sus ojos le rompió el corazón–. Pero pronto me di cuenta de que ella no le devolvía el beso, sino que forcejeaba. Yo quería ayudarla, pero estaba paralizado. No hice nada.

–¿Le hizo daño? –preguntó Iona, rezando para que la respuesta fuera negativa.

–No. Ella lo abofeteó con fuerza, y él gritó algo sobre lo mojigata que se había vuelto y que en el pasado le gustaba. Y luego oí que ella decía: «No lo disfruté. Me violaste y tú lo sabes. No te atrevas a acercarte a mí nunca más o te mato». Entonces él contestó: «Si fue tan desagradable, ¿por qué tuviste al niño?». Y yo salí corriendo y me escondí. Cinco minutos más tarde oí su coche alejarse, y cuando reuní el valor para volver, la encontré en casa, haciendo la comida, actuando como si no hubiera pasado nada. Pude ver que le temblaban los dedos y quise decir algo, disculparme, confortarla. Pero, qué podía decir cuando era parte del hombre que la había tratado así.

–Eso es absurdo, Zane –susurró Iona–. ¿Por eso no quieres tratar con el hijo de Nate? –preguntó–. ¿Intentas proteger a tu madre?

Zane la miró desconcertado por unos segundos. Luego frunció el ceño con fuerza y exclamó:

–¿Cómo demonios sabes de Nate? Ni siquiera lo conoces.

Iona no se inmutó ante su tono acusatorio.

–Tess ha venido esta tarde para traerte esto –sacó la invitación del bolsillo–. Está ansiosa por que vayas al bautizo.

Iona le tendió el sobre, pero Zane se limitó a mirarlo hasta que ella bajó la mano.

–Ha venido con Brandon y yo… –Iona hizo una pausa–. He creído

que era hijo tuyo. Ella me ha dicho que era de Nate, hemos tomado un té y… hemos charlado un poco.

Zane masculló entre dientes.

–¿Un poco? ¿Qué quieres decir que la has sometido a un interrogatorio?

La furia con la que la miraba bastó para que Iona supiera que había traspasado una raya infranqueable, y la brutal y despectiva acusación fue como una bofetada.

Si necesitaba una prueba de que lo que había entre ellos no significaba nada para él, la tenía. Desafortunadamente, unos segundos antes, al ver expuesto su dolor, había descubierto que, para ella, aquella relación nunca había sido superficial.

En el último mes había llegado a depender de él y de lo que le hacía sentir: mimada, importante, deseada. Pero lo peor era que, en las pocas ocasiones en las que bajaba sus defensas, la había hecho sentir que la necesitaba.

Sin embargo, en aquel momento supo que todo lo que había hecho Zane emanaba de su necesidad de protegerla. Igual que lo obsesionaba proteger a su madre, se había sentido en la obligación de proteger a la jovencita de la que había abusado un estafador.

–Te equivocas. Lo que quiero decir es que Tess y yo hemos mantenido una conversación adulta sobre un hombre que me importa –dijo, negándose a dejarle ver hasta qué punto le había hecho daño.

–¿Yo te importo? Si es así, quizá ha llegado la hora de acabar esto.

Iona se estremeció, pero no dejó que el arranque de ira de Zane la distrajera. Era evidente que el nacimiento de Brandon había hecho aflorar sus sentimientos hacia su padre.

–Te adoran, Zane –continuó–. No solo Tess, Nate y tu madre, sino toda su familia. ¿No te das cuenta de que es una locura que te aísles de ellos por la absurda idea de que eres responsable de los crímenes de tu padre?

Se marcharía en cuanto fuera posible. Y nunca le diría que lo amaba, pero al menos quería que supiera hasta qué punto estaba equivocado.

La cabeza le iba a estallar. Había poseído a Iona sobre la encimera, sin el más mínimo autocontrol. La había utilizado de la peor manera posible y, sin embargo, ella actuaba como si no pasara nada.

Y encima quería hablar de Nate, de Tess y de su madre. ¿No se daba cuenta del tipo de hombre que era? ¿De que no se merecía a ninguno de ellos?

En aquel momento no podía encontrar la solución ni seguir hablando. Solo pensar que podía haberla dejado embarazada le

causaba pánico. ¿Qué haría si fuera así?

Cuando la besó levemente, notó que le temblaban los labios y se odió a sí mismo. Pero también se prometió compensarla aquella misma noche. Porque, pasara lo que pasara, tenía claro que no podía perderla.

Salió a correr con C. D. y volvió media hora más tarde, sudoroso y exhausto, pero con un plan de acción. Jamás había tenido que suplicar nada, pero había llegado el momento de hacerlo.

La casa estaba extrañamente silenciosa cuando la cruzó hacia la cocina. La perra gimió como si algo fuera mal. Entonces Zane vio el plato con lasaña y una nota al lado con la letra de Iona, y supo al instante de qué se trataba.

Eres un buen hombre, Zane. Pregúntale a tu madre y ella te lo contará. Y no olvides cuidar de ti y de tu maravillosa perra.

Iona

Capítulo Ocho

–¡Abre la maldita puerta! –Zane golpeó de nuevo la puerta de la pequeña casa, tras haber pulsado ya dos veces el timbre.

Iona tenía que estar allí. Zane había ido en primer lugar a Pacific Grove y había preguntado por ella a la señora Mendoza y a los demás vecinos. Luego llamó a Nate, por si Tess le hubiera ofrecido quedarse en su casa. Pero tampoco estaba allí.

Golpeó la puerta de nuevo.

–¡Ya va, ya va!

Oyó correrse los cerrojos y su madre abrió la puerta. Llevaba el cabello recogido y se ajustaba la bata al cuerpo.

–Zane, ¿qué haces aquí a estas horas?

Zane entró con paso decidido.

–¿Está aquí Iona? –preguntó.

María lo siguió a la cocina, entre aturdida y desconcertada.

–¿Te refieres a la guapa escocesa con la que viniste a la fiesta?

–No te hagas la tonta –dijo Zane bruscamente, dando rienda suelta a la frustración que llevaba ahogándolo desde hacía horas–. Sabes perfectamente a quién me refiero.

La sonora bofetada lo dejó mudo y con la mejilla ardiendo.

–¡No te atrevas a hablarme así! –dijo su madre, poniendo los brazos en jarras–. ¿No contestas a mis llamadas durante días y ahora llegas a casa y me insultas?

Zane intentó calmarse a la vez que se llevaba la mano a la mejilla.

–Me has hecho daño –dijo. Y se mordió la lengua para no maldecir y ganarse otro bofetón.

–Eso pretendía –dijo ella sin mostrar la más mínima lástima. Dio un gran bostezo y continuó–: Ahora siéntate y dime qué pasa.

Zane vaciló. No quería quedarse a charlar. Debía seguir buscando a Iona. Pero a medida que su furia se diluía, fue sustituida por angustia y confusión.

Al ver a su madre poner unas galletas en un plato, sintió la súbita necesidad de aceptar sus cuidados. Se dejó caer en una de las sillas de la cocina sin dejar de frotarse la mejilla.

Bajó la mano a la mesa y se dio cuenta de que el daño físico era mínimo comparado con el que sentía en el pecho y con la desesperanza que lo invadía. Ya no le quedaba dónde buscar.

Esperó a que su madre preparara un té y sirviera las tazas.

–Bien, ahora cuéntamelo todo –dijo ella.

Y cuando Zane reconoció en su mirada el gesto compasivo con el que solía mirarlo de pequeño, se desplomó.

¡Ojalá su madre pudiera solucionarlo todo, como cuando era niño y ahuyentaba las pesadillas! La cálida mano de su madre cubrió la suya, que apoyaba con el puño apretado sobre la mesa.

–Háblame, Zane, no me dejes al margen por más tiempo.

Zane arqueó las cejas y recordó la nota de Iona: «Pregúntale a tu madre y ella te lo contará».

–He hecho algo imperdonable –dijo precipitadamente–. Me ha dejado y no la encuentro.

–¿Estamos hablando de Iona?

–Sí –dijo él, avergonzándose de sí mismo cuando se le quebró la voz.

–Así que te has enamorado de ella.

Zane fijó sus ojos en la mano de su madre y en la alianza de oro que Terry le había puesto hacía diez años, cuando él la había acompañado al altar. Pero en lugar del horror que la sugerencia pudiera haberle causado, solo sintió desconcierto.

–Puede ser –se encogió de hombros–. No estoy seguro.

–¿Qué has hecho para que pienses que es imperdonable?

Zane sacudió la cabeza e intentó tragar a pesar del nudo que le atenazaba la garganta. No podía decírselo o su madre descubriría que, a pesar de todo lo que ella se había esforzado, no era mejor que su padre.

Pero María le tomó la barbilla con los dedos y lo obligó a mirarla.

–¿Tiene algo que ver con tu padre?

Zane retiró la cara bruscamente, atónito. Su madre siempre había sido muy intuitiva, pero nunca había llegado a leerle la mente.

–No quiero hablar de él.

–Ya lo sé –María suspiró–. ¿Pero no crees que debemos hacerlo?

–No puedo.

–¿Por qué?

Zane liberó la mano de la de su madre y estalló:

–Porque sé que te violó y no puedo soportar la idea de ser el resultado de tu sufrimiento.

–¿Cómo…? –María empalideció–. ¿Cómo lo sabes?

–Os vi juntos cuando era pequeño, aquella vez que vino a vernos y te atacó. Oí todo lo que te dijo.

–¡Oh, Zane! –María le tomó ambas manos entre las suyas–. No tenía ni idea de que estuvieras allí. De haberlo sabido te lo habría explicado. ¿Por qué no me lo dijiste?

–No podía –Zane apartó las manos. La ira y el rechazo a sí mismo volvieron con toda su fuerza, ahogándolo. Y por fin hizo la pregunta que nunca había hecho–: ¿Cómo es posible que no me odies?

–¡No digas eso! –María se puso en pie y, tirando de él, lo abrazó con fuerza y le acarició el cabello–. Ahora tienes que escucharme.

Zane temblaba, pero fue calmándose a medida que el rumor de las palabras de María fue calando.

–Sí, me violó, pero no fue como lo imaginas. Yo era joven e ingenua y él era guapo, sofisticado, estaba casado y me gustaba. Yo sabía que también le gustaba y solía coquetear con él, provocándolo. Solo me asusté el día que apareció en mi cuarto; le pedí que parara y no lo hizo.

María le tomó el rostro entre las manos y continuó:

–No digo que fuera culpable de lo que pasó. Él actuó egoístamente y con crueldad, aprovechándose de mi inocencia. Pero aun cuando lo odiara en el momento, con el tiempo lo perdoné. ¿Y sabes por qué?

Zane sacudió la cabeza, temiendo no soportar saberlo.

–Porque como consecuencia de su crueldad y egoísmo, te tuve a ti.

Zane le cubrió las manos con las suyas y se las retiró de su rostro.

–No hace falta que mientas, ya no soy un niño. Y sé que he destrozado tu vida.

–¡Zane, no digas eso nunca más! –la mirada de María se enturbió de tristeza–. Siempre serás lo mejor que me ha pasado en la vida –le puso las manos en los hombros–. Lo pensé después de veinticuatro horas de doloroso parto, cuando tenías ocho años y le rompiste un diente a un niño que me costó trecientos dólares –lo sacudió suavemente–, incluso cuando te empeñaste en perder la virginidad con aquel horror de chica, Mary Lou, que te llamaba espalda mojada.

–¿Lo sabías? –preguntó él, atónito. María hizo un vago gesto con la mano.

–Y hasta lo pensé cuando pegaste a Nate porque quería ser tu hermano –una solitaria lágrima se le deslizó por la mejilla a María y Zane agachó la cabeza, consciente de que el amor de su madre había superado cualquier odio que él pudiera sentir hacia sí mismo.

–Así que –continuó María–, ¿cómo iba a cambiar de opinión ahora que te has convertido en un hombre fuerte y guapo, que siempre intenta hacer las cosas bien, incluso cuando no sabe cómo?

Le acarició la mejilla a Zane y añadió:

–Tú no tienes ninguna responsabilidad en lo que pasó, igual que no la tengo yo. Y que fuera tu padre biológico no significa que te parezcas a él; en la misma medida que Nate no se le parece. O Brandon. Piénsalo, Zane. Porque si tú estás contaminado por su sangre, también lo están ellos. Y los hijos que tú tengas. ¿No ves que es imposible?

Zane respiró profundamente. Iona tenía razón. Debía haber hablado con su madre hacía años.

–¡Menuda lección! –dijo, finalmente.

–De haber sabido que tú lo sabías, te lo habría contado hace veinte años –dijo María, dándole una palmadita en la mejilla y sentándose.

–Debería habértelo dicho –dijo él con una melancólica sonrisa.

–Así es, pero eres un hombre, así que no me sorprende –María rio, pero luego lo miró fijamente y añadió–: Ahora, háblame de Iona.

La sonrisa se le borró del rostro a Zane.

–Ya sabía que pasaba algo –continuó su madre–. Me pareció que te gustaba mucho.

Zane se encogió d hombros, sintiéndose incómodo al hablar de hasta qué punto Iona lo afectaba.

–No hay mucho que contar –o al menos, no demasiado que pudiera compartir con su madre–. Llevamos un tiempo saliendo. La semana pasada se instaló en mi casa.

¿Qué debía decir? ¿Qué estaba enamorado de ella? ¿Cómo podía saberlo si ni siquiera conocía el significado de esa palabra?

–¿Y…? –lo instó su madre.

–Y todo ha ido muy bien; excepcionalmente bien –al menos eso no era ninguna mentira.

Jamás había ansiado tanto volver a casa ni le había costado tanto marcharse por la mañana. Y no era solo por el sexo. Echaba de menos su conversación, el entusiasmo de Iona en la cocina, las manchas de pintura en su ropa, su calidez, su carácter compasivo y la facilidad con la que manejaba a C. D. La forma en que se ruborizaba cuando él le tomaba el pelo, y el ingenio y la coquetería con la que ella se lo tomaba a él. Echaba de menos cada minuto que habían compartido juntos y no solo el que habían pasado en la cama. De hecho, excepcionalmente bien no se acercaba a describir lo maravilloso que había sido.

–Pero… –empezó. Y al ver un destello de interés en los ojos de su madre, calló.

No podía hablarle del sexo en la cocina, o de que no había usado condón. No quería recibir otro bofetón.

–Pero se ha marchado.

–Ahá –dijo su madre, dando un mordisco a una galleta a la vez que lo miraba pensativa–. ¿Y quieres que vuelva?

–Sí –eso sí era verdad. Y después de lo que su madre le había contado, también quería una explicación de por qué se había ido.

Su madre dejó la galleta en el plato.

–¿Y entonces que haces aquí, comiendo galletas? –se puso en pie y lo levantó de su silla.

–¡Oye! –protestó él.

–Zane, nunca has hablado así de una mujer. Tienes que encontrarla.

–Ya lo sé –dijo él, exasperado, mientras su madre lo empujaba hacia la puerta–. Pero no tengo ni idea de dónde está.

Su madre enarcó una ceja y abrió la puerta.

–Pues averígualo –dijo, a la vez que él salía–. Para algo eres detective.

El recuerdo de la cara de tristeza de Zane cuando se fue con C. D. la obligó a apoyarse en el lavabo y a morderse la lengua para contener las lágrimas.

Llevaba toda la semana llorando, y lo único que conseguía era terminar con dolor de cabeza. Tenía que superarlo. No había sido más que un romance. Solo ella tenía la culpa haberlo tomado por algo más.

Una llamada a la puerta la sobresaltó. Con tal de que no fuera el tipo de ojos saltones de la recepción que insistía en asegurarse de que estaba bien…

Al mirar por la mirilla le temblaron las piernas. Abrió inmediatamente.

–Zane, ¿qué haces aquí?

–¿Que qué hago aquí? La pregunta es ¿qué haces tú aquí? ¿Tienes idea de la de favores que he tenido que pedir para encontrarte?

Zane entró sin esperar a ser invitado mientras Iona se quedaba, perpleja, en la puerta.

Él se volvió con gesto contrariado.

–¡Y he cometido más de una infracción! –miró el reloj–. ¿Tienes algo elegante que ponerte?

–¿Por qué lo preguntas? –preguntó ella.

–Para ir al bautizo de Brandon –Zane volvió a mirar el reloj–. Empieza en una hora, así que ya puedes darte prisa.

Iona sacudió la cabeza, temiendo estar alucinando.

–No puedo ir.

Zane pareció desconcertarse, pero luego la tomó por los brazos.

–No te vas a librar de ir. Hablé ayer con Nate, después de que logré localizarte. Y no sé cómo, acabé aceptando ser el padrino de Bran –dijo, frunciendo el ceño.

–¡Eso es maravilloso, Zane! –Iona sintió que el corazón se le henchía de felicidad–. No sabes cuánto me alegro. Pero por más contenta que estuviera, no podía volver a sentirse implicada.

–La verdad es que no está mal. Y tú vas a venir conmigo.

–No puedo.

–¿Por qué no?

Zane volvía a mostrar una crispación que delataba al hombre vulnerable y a la defensiva del que había acabado enamorándose. Y que no correspondía su amor.

Iona sintió lágrimas en los ojos.

–Porque no hay un lugar para mí en tu vida –dijo, sacudiendo los

brazos para que la soltara. No era justo que apareciera y le hiciera sentir de aquella manera.

Se había enamorado de un hombre a quien no le interesaba el amor, pero que no había hecho nada por evitar que ella cometiera aquel error.

La había conquistado desde el primer momento. Le había hecho sentirse especial e importante, además de proporcionarle un sexo espectacular. Ni siquiera se había molestado en dedicarle su Discurso. Al menos así la habría ayudado a protegerse.

Después de tantas lágrimas, sentir una chispa de rabia le sentó bien.

–¿No te invitó Tess el otro día?

–Eso no tiene nada que ver, no seas ridículo.

–¿Ridículo yo? –gritó Zane–. ¿Te marchas sin despedirte y te escondes en este cuchitril, y el ridículo soy yo? ¿Cuándo pensabas decirme dónde estabas?

–No iba a hacerlo.

–¿Por qué no? –dijo él, tomándola de nuevo por los brazos–. ¿He hecho algo imperdonable?

–No es eso. Es que… –Iona le apoyó las manos en el pecho. No podía humillarse y decirle la verdad.

–Podrías estar embarazada y ni siquiera me has dejado una dirección en la que localizarte.

El dolor y la desilusión le formaron un nudo en la garganta a Iona. Así que esa era la verdadera razón de su visita.

–No estoy embarazada.

–¿Estás segura?

Iona había asumido que Zane estaría aliviado, pero pareció más bien decepcionado.

–Completamente.

–Vale. Entonces quiero que me des una buena razón para no volver a casa.

–¿A casa? –preguntó Iona, airada.

–Sí, a casa. Quiero que me des otra oportunidad.

–No puedo –dijo ella, sacudiendo la cabeza, a la vez que desviaba la mirada para ocultar las lágrimas–. No es justo que me lo pidas.

–¿Por qué no? –preguntó él con la voz teñida de emoción–. Si es por mi padre…

–No tiene nada que ver con eso, sino con que me he enamorado de ti –susurró Iona, sintiendo que le quemaba la garganta. Se había jurado no decirlo, pero Zane se lo había sonsacado.

Ante su asombro, Zane se echó a reír.

–¿Eso es todo?

Iona intentó zafarse de sus manos y estalló en llanto.

–¡No te rías de mí! No pienso prolongar nuestra historia para

terminar destrozada cuando se acabe.

– Iona, no llores –susurró Zane, abrazándola con fuerza para aplacarla–. Claro que me importan tus sentimientos –le acarició el cabello, le tomó el rostro entre las manos y la miró fijamente antes de añadir–: No hay nada más importante para mí.

–Eso no es verdad –dijo Iona, temblorosa–. Nunca has dejado que me acercara de verdad a ti.

–Porque he sido un idiota, y estaba aterrorizado de descubrir algo de mí mismo sobre lo que he estado equivocado toda mi vida.

–¿Te refieres a tu padre? –musitó ella.

–Así es –Zane se sentó en la cama–. Lo más irónico es que de pequeño pensaba que era un gran tipo. Por aquel entonces, era mi madre quien no quería hablar de él, pero yo sabía quién era porque había visto sus fotografías y no hacía falta ser un genio para adivinar por qué el anciano dueño de la casa venía de vez en cuando a preguntar qué tal me iba.

–¿Tu abuelo?

Zane asintió con la cabeza.

–Pero aquel día, antes de que… –tragó antes de continuar–. Antes de que lo viera con mi madre, me encontré con él en el jardín. Se acercó, me miró fijamente y dijo: «¿Eres el hijo de María?». Yo asentí y en mi interior todo se detuvo. Pensé que había llegado el momento que llevaba tanto tiempo esperando; que me diría que era mi padre y que tal vez me llevaría de excursión en su coche –Zane sonrió con tristeza–. Tenía un Ferrari espectacular.

Iona se sentó a su lado y le puso la mano en el muslo. Él la cubrió con la suya y cabeceó.

–¿Quieres saber cuáles son las únicas palabras que me dedicó mi padre?

–Sí –musitó Iona.

Zane rio con desdén.

–Me tiró las llaves del coche y dijo: «Dile a Manu que lo quiero limpio para cuando me marche».

–Zane… –Iona posó la mano en su mejilla y le dio un dulce beso–. Que fuera un ser humano despreciable, no significa que tú…

Zane le puso un dedo en los labios.

–Lo sé. Seguí tu consejo y fui a hablar con mi madre –entrelazó los dedos con los de Iona–. Le conté lo que había visto y… –alzó la mirada al techo–. Y tenías razón. No tenía importancia.

–Pero, Zane, ¿cómo has podido llegar a pensar que la tenía?

–Porque estaba enfadado, y sentía rabia. Y cuando comencé a tener relaciones reconocí en mí una avidez que me juré controlar para no ser como él. Entonces apareciste tú y lo cambiaste todo, porque me hiciste perder el control.

–No he cambiado nada. Solo soy una de tus damiselas en apuros.

–¿Mi qué? –preguntó él, con expresión risueña–. ¿Qué quieres decir con eso, Iona?

Iona se separó de él.

–¿No es evidente por qué te sentiste atraído por mí, Zane, y por qué te empeñaste en mantenerme a salvo?

–Para mí no lo es.

Iona se abrazó a la cintura, sintiéndose desnuda ante su penetrante mirada.

–Tú rescatas a las mujeres, Zane. Es a lo que te has dedicado desde el día que no pudiste rescatar a tu madre. No he sido más que otra de tus misiones de salvación.

Zane sacudió la cabeza con expresión perpleja.

–Es lo más absurdo que he oído en mi vida –se limitó a decir.

–¡No lo es! ¡Si te fijas en los hechos, te darás cuenta de que es verdad! –exclamó ella.

–¡Estás totalmente equivocada! –Zane le tiró de la muñeca hasta echarla sobre la cama.

–¡Suéltame! –protestó ella, intentando levantarse. Pero él se sentó a horcajadas sobre ella y le sujetó las manos por encima de la cabeza.

–Tranquilízate –dijo con firmeza–. Ahora me toca hablar a mí y a ti escuchar –su tono de frustración hizo que Iona se quedara parada–. Tienes razón en una cosa: respeto a las mujeres. Y sí, quiero protegerlas y puede que tenga que ver con lo que le pasó a mi madre. Pero eso no tiene nada que ver con nosotros.

Presionándole los brazos contra el colchón, su voz controlada y fría contrastaba con el deseo con el que la miraba.

–Porque eso no es ni una centésima parte de lo que siento por ti –Zane se inclinó hacia ella y la besó con una delicadeza que devolvió las lágrimas a los ojos de Iona–. Y ahora di que me crees.

Iona asintió. La emoción le impedía hablar.

Zane le soltó las muñecas y tomó su rostro entre sus manos.

–Ahora, bésame, querida, y demuéstramelo.

Iona le rodeó el cuello con los brazos y lo besó, sintiendo tanta alegría en el corazón como anhelo en el vientre.

Cuando Zane alzó la cabeza, pudo sentir el delicioso peso de su sexo en erección contra el muslo, y oyó su respiración agitada.

–Así que dime, ¿vas a venir a vivir conmigo y con C. D.? –preguntó él.

–Supongo que sí –dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja–. Si insistes…

La sonrisa de Zane la dejó sin aliento.

–Desde luego que insisto.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

